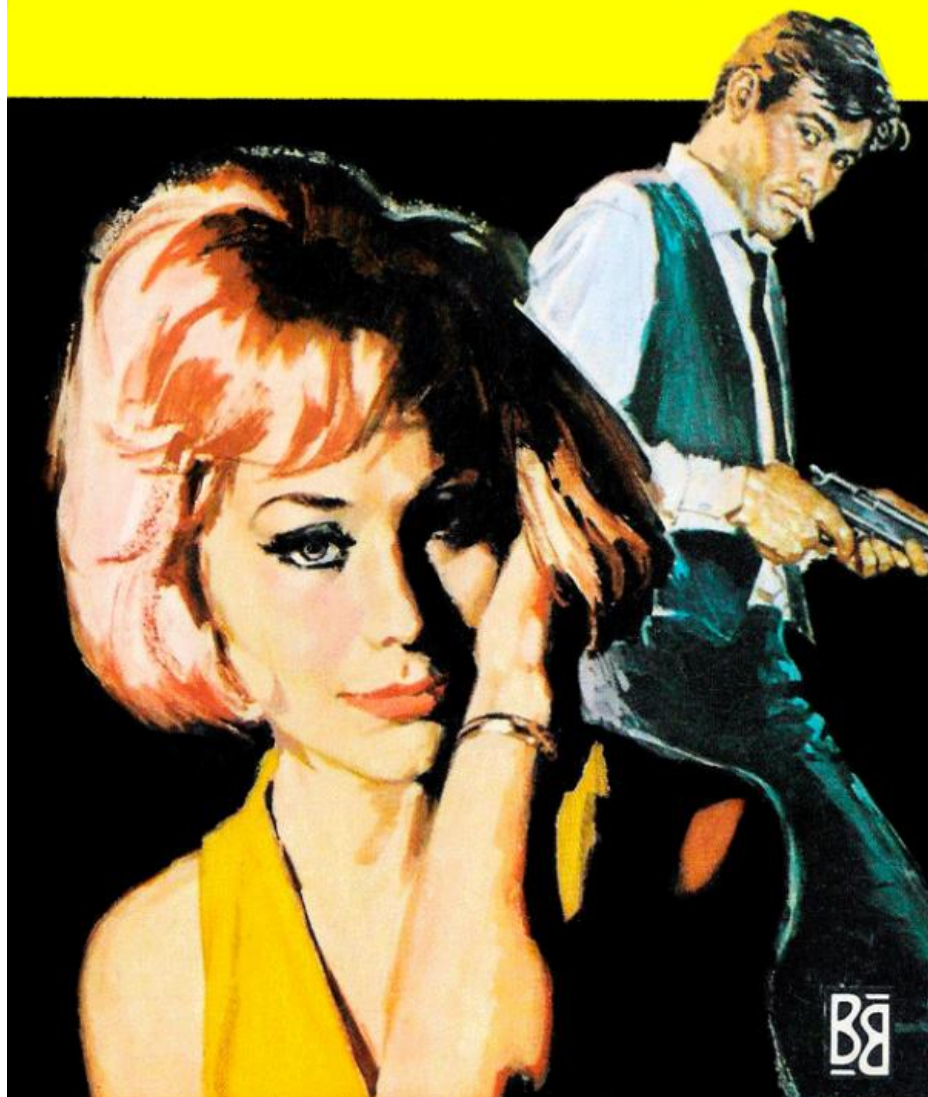


PUNTO  
ROJO

# el "Gran Dragón"

**burton hare**



EL GRAN DRAGON



BURTON HARE

## EL GRAN DRAGON

Col. PUNTO ROJO n.º 163

Publicación semanal

Aparece los SABADOS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA  
BUENOS AIRES  
BOGOTA  
MEXICO  
RIO DE JANEIRO



*Depósito Legal B 11818 - 1965*

*Printed in Spain - Impreso en España*

*1ª edición: junio 1965*

© BURTON HARE - 1965

*sobre el texto literario*

© MANFREDO SOMMER - 1965

*sobre la cubierta*

© COSTA-1965

*sobre la ilustración interior*

Concedidos derechos exclusivos a favor  
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.  
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

**Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S.A.  
Mora la Nueva, 2 - Barcelona – 1965**

N. R. 2599/65

**Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia**

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR  
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección PUNTO ROJO:

159. —Horas de pesadilla.

En Colección SERVICIO SECRETO:

772.—Reunión de traidores.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

59. —Diamantes..., y crimen.

## CAPITULO PRIMERO

Permanecí sobre el andén de la estación. Dejé la maleta en el suelo y miré a mi alrededor. El edificio de la estación no era ningún palacio, pero tampoco una barraca como yo había creído durante el viaje.

Dos mozos hacían cuanto podían para demostrar que estaban ganándose el sueldo, aunque bien es verdad que no ponían mucho entusiasmo en la representación. Ambos desaparecieron por una puerta antes que alguien pudiera cargarles con el equipaje, con lo que quedé solo en todo el andén de madera.

El tren resopló. Comencé a arrepentirme de haber aceptado el maldito encargo. Una estación de un condenado pueblo en la cual el único tipo lo bastante loco para apearse en ella había sido yo. Sentí tentaciones de volver a encaramarme al tren y largarme de allí.

Entonces se abrió la puerta del vagón delante del cual estaba parado y aparecieron las dos bellezas.

Abrí la boca, estupefacto. Ambas mujeres descendieron al andén. Un tipo todo sonrisas les alargó el equipaje desde la plataforma y se despidió de ellas con evidente pesar.

Casi al instante el tren se puso en marcha y la tierra se estremeció bajo mis pies. Pero ni así aparté la mirada de las dos viajeras.

No pasarían de los veintidós años, si es que llegaban a esa edad. Pero, amigo, eran dos bellezas desde cualquier ángulo que se las mirase.

Llevaban delgados vestidos veraniegos y casi podía apostarse que debajo no llevaban otra cosa que la piel a juzgar como se les adaptaban al cuerpo. Una de ellas tenía cabellos color de oro viejo, ojos azules y pronunciadas curvas en los lugares precisos. Sus piernas eran tan perfectas como podía soñarlas un fotógrafo publicitario.

La otra no tenía nada que envidiar a su compañera en cuanto a curvas, y poseía también un rostro hermoso y con ojos descarados, pero su cabello era negro como la noche y lo llevaba apresado en la nuca en un artístico moño.

La rubia dijo:

—¿Estás segura que no nos hemos equivocado, Chris?

—El letrero de la estación dice que esto es Pikeburg, ¿no? Vamos a ver si hay alguien despierto en esta choza.

Eché a andar hacia la puerta por la que habían desaparecido los mozos. Bajo el apretado vestido sus caderas se movían lenta y rítmicamente. Parte del disgusto por haber recalado en Pikeburg se esfumó con sólo viéndola andar.

Aparté la mirada de ella con pesar y la dirigí a la rubia. Me encontré con que ella me estaba examinando a mí especulativamente. No supe si valoraba mi hombría o mi poder adquisitivo.

De repente indagó:

—¿Es usted de aquí, o se encuentra tan perdido como nosotras?

—Me siento como un náufrago en una isla, linda.

—Me pregunto dónde estará el pueblo —comentó, mirando más allá de la estación.

A excepción de unos alargados edificios con aspecto de almacenes o graneros, no se distinguía construcción alguna por ninguna parte.

En aquel instante regresó la morena obsequiándome con otra exhibición de contoneo. La seguía un fulano arrancado de una tira cómica cuyos ojos parecían a punto de saltarle de las órbitas. No podía apartarlos de lo que estaba viendo.

Era un individuo grandote y basto, con un traje cruzado demasiado estrecho para su enorme envergadura. Creo que si alguien lo comparase alguna vez con un gorila éste se sentiría ofendido.

La morena exclamó:

—¡Todo arreglado, Maybelle! Tenemos un coche esperándonos. Hay un par de millas hasta el pueblo.

El gorila tomó todo el equipaje de las muchachas y cargó con él fácilmente sin pronunciar palabra. La rubia me miró, sonrió y se encogió de hombros.

Yo dije:

—Tal vez nos veamos otra vez, linda.

—Seguro —me hizo un ademán de despedida y ambas siguieron al forzado.

Yo cargué también con mi maleta y anduve tras ellos sin ningún entusiasmo. Vi que el gigantón acomodaba el equipaje en la trasera de un rutilante *Lincoln* último modelo, mientras las chicas se instalaban en el asiento trasero.

A cierta distancia había un coche cuya edad le autorizaba al retiro. Llevaba los distintivos de taxi y el chófer estaba dormido sobre el volante. Eché un último vistazo al lujoso auto de las muchachas y me acerqué al otro.

—¡Eh, despierte! —grité, sacudiendo al chófer por el hombro.

Parpadeó, bostezó, se estiró en el asiento para desentumecer los huesos y al fin consiguió mirarme con los párpados lo bastante abiertos para verme.

Tiré la maleta sobre el asiento trasero y me instalé al lado del adormilado taxista.

—Al pueblo, compañero —ordené.

En aquel momento, el *Lincoln* se puso en marcha, giró en medio de la

plazoleta y salió zumbando por la polvorienta carretera.

—¿Sabe a quién pertenece ese acorazado? —pregunté al chófer, señalándole el coche que se alejaba.

—Seguro..., es uno de los cacharros de míster Abbazzia.

Al fin consiguió que el motor de su cafetera soltara unos resoplidos y se pusiera en marcha.

El nombre de Abbazzia me había recordado algo lejano.

—¿Tony Abbazzia? —indagué.

—El mismo, ¿le conoce?

—Hace mucho tiempo oí hablar de él. ¿Qué demonios hace aquí un tipo como ése?

—Es un gran personaje.

El auto arrancó con una sacudida que hizo rechinar hasta el último tornillo de la carrocería. Pronto nos vimos envueltos en la polvareda de la carretera. El chófer comenzó a silbar.

Yo inquirí:

—¿Dónde está el pueblo?

—Pikeburg no es ningún pueblo, forastero. No lo olvide si quiere evitarse dificultades.

—Está bien, está bien; no he querido herir su orgullo de ciudadano.

—Bueno, a mí no me importa como lo llame; yo nací en Union Springs, al sur de Montgomery. Pero a los naturales de aquí les molesta que los tomen por pueblerinos. Después de todo, Pikeburg tiene su importancia. Es casi una ciudad.

—Me sorprende. Llevamos dando tumbos por esa carretera qué sé yo el tiempo y todavía no se ve una casa.

—Está detrás de esa colina que estamos bordeando ahora. ¿Es usted viajante de comercio?

—Algo así. ¿Hay algún buen hotel?

—Hay dos, pero ninguno es muy lujoso.

—¿Tienen aire acondicionado?

—Sólo el *Phenix*.

—En ese caso lléveme al *Phenix*. ¿Siempre hace tanto calor aquí?

—No.

—Menos mal —suspiré con alivio.

—Hace mucho más. Hoy ha refrescado.

Le miré por si estaba tomándome la cabellera, pero el tipo parecía serio como un poste. Me estremecí sólo de pensarlo.

De repente, al salir de una amplia curva, apareció Pikeburg.

El chófer había tenido razón. Era algo más que un pueblo.

Se extendía en una planicie y sobre sus edificios y calles parecía flotar una neblina gris y sucia producida por el calor y el polvo. En la parte opuesta, sus calles se encaramaban por una suave colina y supuse que

aquella era la zona residencial a juzgar por el verde de sus jardines.

A la izquierda de la ciudad se elevaban otra serie de colinas de poca altura, y a la derecha la llanura se extendía hasta el infinito, sólo rota por ligeras ondulaciones del terreno y el curso de un pequeño río.

—Amigo, estaba usted en lo cierto —dije—. Es casi una gran ciudad.

El taxi descendió por la empinada carretera hacia el llano. Comenzaban a verse algunas granjas a ambos lados de la ruta, todas ellas con enormes cobertizos.

El chófer explicó sin necesidad de preguntarle:

—Son desmotadoras de algodón. Afortunadamente terminó la temporada y ya no volverán a dar guerra hasta el próximo año, de lo contrario no hay quien aguante su proximidad.

—Comprendo.

El coche entró en la calle principal de Pikeburg. Era ancha y sucia. Muchas de las casas estaban construidas con madera y otras con ladrillo rojo.

El sol había ahuyentado a la gente a juzgar por lo desierta que estaba.

En una esquina, un guardia dormitaba apoyado en la pared, bajo la sombra de un toldo. Un perro cruzó por delante del taxi y el chófer tuvo que frenar en seco para no aplastarlo, pero a pesar de eso y del chillido de los neumáticos, ni el perro aceleró su cansino paso, ni el policía levantó la caída cabeza ni el chófer pareció haberse molestado.

Minutos después detenía el auto frente al hotel.

No se movió de su asiento mientras yo saqué la maleta. Tampoco salió nadie del hotel, de manera que la dejé en la acera, pagué la carrera y me di el gustazo de no darle un centavo de propina al perezoso fulano.

Pero no refunfuñó ni mucho menos. Puso el coche en marcha y se largó con un ademán de despedida.

Entré al hotel llevando la maleta conmigo. Había un botones sentado en una silla leyendo la página cómica de un periódico. Detrás de la recepción, un hombrecillo de cara triste adornada por unos lentes enormes me sonrió, hizo girar el libro registro y dijo:

—Excelente día, señor. Tenemos una magnífica habitación para usted.

El botones levantó la cabeza, me miró con indiferencia y volvió a clavar los ojos en lo que estaba leyendo.

Firmé el registro, tomé la llave y pregunté:

—¿Subo por las escaleras con la maleta auestas, o hay alguien lo bastante despierto para hacerlo?

El botones levantó otra vez la cabeza. El recepcionista pegó un puñetazo a un timbre que hizo temblar los cristales. El botones volvió a su lectura.

Al fin se abrió una puertecilla a un lado del mostrador y apareció un botones negro, muy joven. Salió disparado, captó la situación con un

vistazo y se lanzó sobre la maleta.

El recepcionista cantó:

—¡Habitación 211, Bill! Acompaña al señor.

Entramos al ascensor. El chico lo manejó hasta el cuarto piso y me llevó a la habitación.

Había una gran cama, una mesa y una silla, dos butacas y un armario. Una puerta abierta dejaba ver el cuarto de baño. La ventana estaba cerrada y había un calor de infierno allí dentro.

—Alguien me ha dicho que tenían aire acondicionado aquí, Bill.

—Sí, señor, ahorita mismito lo conectaré a esta habitación... Sólo funciona en las que están ocupadas, ¿sabe?

—Okey. Tráeme una botella de *bourbon*, hielo y agua fría. Date prisa.

Salió disparado. Hasta el momento, era el único ser viviente en Pikeburg que parecía estar más o menos vivo.

Arrojé la chaqueta sobre la cama, solté el cierre de la correa que sujetaba la funda bajo mi sobaco izquierdo y guardé la pistola y la funda en el armario. Después acabé de desvestirme y cuando el botones regresó con lo pedido yo estaba ya bajo la ducha fría.

## CAPITULO II

Me detuve en la acera y contemplé la casa. El número apenas podía leerse, borrado por las inclemencias del tiempo, pero el letrero que campeaba a un lado de la puerta decía que aquello era la *Pensión Gensen*, de manera que no me había equivocado.

El sol habíase ocultado hacía bastante rato, pero seguía imperando un calor pegajoso que el aire húmedo acrecentaba. Me pasé el pañuelo por el cuello, subí los tres peldaños que me separaban de la puerta y llamé.

La puerta se abrió antes que se hubiera extinguido el eco del timbrazo y una mujer gorda y grasienta ocupó el hueco casi por entero.

—Quiero ver a míster Chambers. Tengo entendido que se aloja aquí, ¿no es cierto?

Los ojos de la gorda se abrieron desmesuradamente. Por un instante, pareció que iba a darme con la puerta en las narices, pero lo pensó mejor y se hizo a un lado.

—¿Míster Chambers? —balbuceó.

—Artie Chambers es su nombre completo. ¿No está aquí?

—¿Quién es usted?

—Me llamo Jeff Davis y he hecho un largo viaje para ver a Chambers, de manera que no me haga perder mucho tiempo, señora. ¿Está en casa o no?

—Espere.

Se lanzó escaleras arriba a una velocidad inverosímil teniendo en cuenta su enorme tamaño. El sudor me pegaba la camisa al cuerpo y dentro de aquella casa el calor era pestilente. Maldije en voz baja a Chambers y a mí a partes iguales. Nunca debí haber aceptado semejante misión.

Cuando la mujer apareció bajando las escaleras iba seguida por un individuo corpulento en mangas de camisa. Llevaba la chaqueta bajo el brazo y lucía una funda con un revólver de cañón corto sujeta al cinturón, sobre su lado izquierdo. Olía a polizone a una milla de distancia. Comencé a preocuparme.

—¿Usted busca a Chambers? —me preguntó el tipo.

—Sí.

—¿Para qué quiere verlo?

—Eso se lo diré a Chambers. ¿Es usted policía?

—¿Es que se me nota? —soltó una risita y añadió—: Vamos, no me haga perder tiempo. ¿Qué le ha traído aquí?

—¿Le sucede algo a Chambers?

—No me conteste haciéndome otras preguntas —protestó—. Así no iremos

a ninguna parte. Se llama usted Jeff Davis, según me ha dicho la señora Gensen. *Okey*, ¿de dónde viene usted?

—De Montgomery. He llegado en el tren de las cuatro de la tarde.

—Sin embargo, y a juzgar por su acento, no es usted de esta parte del país. ¿Me equivoco?

—No.

—Ajá.

Esperó que le aclarase mi procedencia, pero mantuve la boca cerrada, pensando en qué posible lío había podido meterse el joven Chambers.

Pero al poli no le gustó mi silencio.

—¿De dónde procede usted, Davis?

—Dígame primero qué pasa con Chambers. Parece que ustedes también están esperándole.

—No. Lo hemos encontrado ya.

—Bueno, entonces

—Muerto —me espetó tranquilamente—. Asesinado, para ser exactos.

Hice un esfuerzo para no demostrar emoción alguna. No obstante, sentí un tirón en mis nervios.

—¿Se sabe quién lo ha hecho? —dije solamente.

—No, pero lo sabremos. ¿No tiene usted nada más que decirme sobre su amigo?

—No era mi amigo. Ni siquiera lo había visto nunca.

—Muy interesante... Creo que el *sheriff* Clark querrá hacerle unas preguntas, forastero. ¿Quiere usted llamar a mi compañero, señora Gensen?

La mujer subió las escaleras con menos ímpetu que la vez anterior. Entonces el policía se acercó a mí y alargó la mano.

—Déjeme ver sus papeles, amigo. Eso nos hará ganar tiempo.

No tuve más remedio que mostrárselos. Le vi arrugar la nariz al leer mis credenciales, como si estuviera oliendo un pescado podrido.

Luego, comentó:

—¡Que me ahorquen! Un detective privado de Los Angeles. ¿No está muy lejos de su terreno de caza, Davis?

—Yo también opino así. Demasiado lejos para mi gusto.

En lo alto de la escalera resonaron pasos. Un tipo como una montaña apareció precediendo a la gorda; El que estaba abajo explicó:

—Voy a largarme a la oficina, Kafman. El jefe querrá interrogar a ese tipo.

—Bueno, yo me quedaré aquí. ¿Quién es el pájaro?

—Nunca podrías adivinarlo. Un *hurón* de Los Angeles.

—¡Qué te parece! ¿Qué ha venido a hacer aquí semejante lumbrera?

—No lo sé. Tal vez quiera enseñarnos cómo se encuentra un asesino.

Ambos se echaron a reír. Yo dije:

—Cuando se censan de hacer el payaso, ¿qué les parece si terminamos con eso de una vez?

Callaron de golpe. Kafman gruñó:

—No me gusta, Bliss. No me gusta nada.

—A mí tampoco. Vámonos, forastero. El *sheriff* tiene mal día hoy.

Me forzó hacia la calle y casi a empujones me introdujo en un coche sin distintivo alguno. Salimos de estampida.

El *sheriff* Clark era un hombre de unos cuarenta y cinco años, robusto y de cabello ralo. Sus facciones parecían un tanto abotargadas y tenía unos ojillos pálidos y crueles. La curva de su barriga debía comenzar a molestarle para atarse los zapatos.

—¿Quién es éste? —gruñó, cuando su ayudante me introdujo en el despacho.

—Se llama Davis y es un detective privado de Los Angeles —explicó Bliss de un tirón—. Ha llegado a la pensión preguntando por Chambers.

El *sheriff* cesó de abanicarse y se inclinó hacia adelante.

—¡Demonios! —dijo.

Me taladró con sus ojillos de rata. Bliss le contó mi llegada a la pensión y mi afirmación de que había llegado en el tren de las cuatro. Al oír eso, el *sheriff* le interrumpió:

—Habrá que comprobar eso. Si ha mentido puede que tengamos ya al asesino.

—Baje de las nubes —resoplé, disgustado—. Había un taxi en la estación, un cacharro viejo y ruidoso. El chófer podrá decirles a qué hora he llegado. ¿A qué hora ha muerto Chambers?

—Cierre la boca. —Bliss se acercó a la mesa y descolgó el teléfono, comentando—: Seguro que se trata del taxi de Tony.

Habló rápidamente y colgó. El *sheriff* siguió mirándome fijo.

—Está bien, fisgón. Empiece a hablar ahora.

—Pregunte —repliqué—. No sé qué quiere usted saber.

—Y un diablo no lo sabe. ¿Para qué quería entrevistarse con el muerto?

—Yo no sabía que estaba muerto.

—Ya sabe lo que quiero decir, no pierda tiempo.

—Tenía que convencer a Chambers de que volviera a casa. Sus padres estaban inquietos por él y ya le habían perdonado su escapada.

—¿Está seguro que me está diciendo la verdad?

—Sí.

—No es usted muy locuaz, ¿eh?

—No me gusta gastar saliva en vano.

—Ya lo veo. ¿Por qué encargaron de esa tarea a un detective y no a un abogado, o incluso a un miembro de la familia?

Suspiré cansadamente. Conocía aquella clase de representantes de la ley. Siempre me habían puesto enfermo.

—Primero le escribieron —expliqué—. Después de eso enviaron al abogado de la familia y el muchacho lo echó con malos modos. Pero el abogado dijo que, según su opinión, había algo turbio que retenía aquí al chico, de manera que sus padres me contrataron para convencer a su hijo, y si eso no era posible, para que descubriera qué era lo que en realidad le retenía en este... en esta ciudad.

—Ahora ha hablado mucho —refunfuñó el *sheriff*—, y no me ha dicho nada. ¿Qué se propone hacer, una vez que su misión ha quedado lista para empapelarla?

—Nada. Llamaré a mi cliente informándole de lo sucedido y regresaré a Los Angeles.

—¿Cuándo llegó usted a Montgomery?

—A las siete de esta mañana, en avión.

—Bueno, eso es todo de momento. Le aconsejo que se vaya de aquí lo antes posible. No nos gustan los fisgones, y menos si son forasteros.

Giré sobre mis talones y abandoné el despacho sin despedirme. Bliss me alcanzó cuando ya estaba en la acera y acababa de encender un cigarrillo.

—¿Va usted a su hotel?

—Sí, pero andando. Dígame, ¿cómo mataron a Chambers?

—A golpes.

—¿Qué?

—Ya lo ha oído. Le machacaron con porras de plomo seguramente.

Me dejó allí y esperé a que su coche hubiera desaparecido antes de ponerme en marcha. Pregunté la dirección de la central de teléfonos y anduve hasta ella sin prisas, pensando en las cosas absurdas que suceden a veces.

Llamé a mi cliente por larga distancia y le informé de la terrible noticia. No me quedó más remedio que soportar sus exclamaciones de dolor durante varios minutos. De repente calló y creí que había colgado.

—¿Sigue usted ahí, míster Chambers? —indagué, desconcertado.

—Sí. Espere un minuto, por favor.

Hubo un confuso rumor de voces, un grito de mujer y exclamaciones incomprensibles. Después, el hombre habló de nuevo.

—¿Davis? —preguntó.

—Sí.

—Quédese ahí para recoger los efectos de mi hijo. Supongo que tardarán un par de días en entregárselos. De todas formas, vuelva a llamarme antes de emprender el regreso. ¿Ha comprendido?

—Perfectamente.

—Y póngase en contacto con la policía... Quiero saber todo lo sucedido y... Bueno, iré para gestionar el traslado del cuerpo. ¿Dónde se aloja usted?

—En el hotel Phenix.

—Le llamaré allí, Davis.

Colgó antes que pudiera expresarle mi pesar por lo sucedido.

Anduve cabizbajo, sintiéndome desplazado en una ciudad extraña y sin nada que hacer. Pensé que que también había tenido mala suerte aquel muchacho.

De repente me detuve, estupefacto. Hacia mí, por la misma acera, se acercaba un grupo de fantoches arrancados de un cuento de miedo. Hombres y mujeres se cubrían la cabeza con unas capuchas absurdas de color púrpura. Eran de seda y las luces de la calle se reflejaban en ellas con destellos sangrientos. De las capuchas les colgaba una especie de capa sujeta a los hombros por unas tirillas. El resto del cuerpo lo llevaban cubierto por una túnica blanca. En las anchas mangas lucían extrañas insignias.

Me aparté para dejarles paso. Algunas mujeres ataviadas también con aquella vestimenta iban mezcladas entre los hombres. De repente, comprendí de qué se trataba y me quedé helado.

Eran miembros de alguna rama del Ku-Klux-Klan. Recordé que estaba en Alabama y de repente acudieron en tropel los recuerdos de cuanto había leído sobre aquella condenada secta.

Hasta entonces no los había tomado demasiado en serio. Eran una pandilla de ridículos exhibicionistas según mi manera de entenderlo, no obstante, al ver sus rostros ceñudos, pétreos, me pregunté si no me habría equivocado en mis ideas anteriores.

Los seguí con la mirada hasta que doblaron una esquina. Las gentes que se cruzaban con ellos les saludaban casi con respeto, la gente blanca, naturalmente.

Y entonces advertí otro detalle: no había visto un solo negro desde que pusiera el pie en Pikeburg, cosa que no dejaba de ser sorprendente. A excepción del botones del hotel, claro.

Seguí mi camino sin poder olvidar a los fantasmones. Evoqué los reportajes que había leído sobre ellos. Me dije que estarían mejor con un pico en cualquier cantera, por lo menos harían algo útil.

Fue al llegar al hotel cuando aparecieron los negros. Sus cánticos se elevaban en el aire quieto de la noche como monótonos salmos de un culto ancestral. Ocupaban todo lo ancho de la calzada y calculé que por lo menos componían la manifestación unos cuatrocientos hombres y mujeres de color. Sobre sus cabezas oscilaban multitud de pancartas.

Me quedé bajo la marquesina del hotel. Detrás de mí asomaron las cabezas del recepcionista y el botones lector de historietas.

Otro motivo de asombro para mí fue no oír un solo grito entre la manifestación. Sólo sus monótonos cánticos.

El botones gruñó junto a mi nuca:

—¡Manada de perros!

—Calla.

La voz del recepcionista temblaba.

De pronto, por la esquina de una calle lateral irrumpió en la calzada un grupo de moalbetes blancos blandiendo palos y cadenas de bicicleta. Sin mediar palabra, se lanzaron contra la vanguardia de la manifestación repartiéndole golpes a diestro y siniestro con un furor salvaje, profiriendo gritos estridentes, insultando con los más soeces epítetos.

Hubo un tremendo remolino. Algunos negros cayeron bajo los golpes y fueron pisoteados sin contemplaciones por unos y otros. Sin embargo, consiguieron reaccionar y un numeroso grupo inició una maniobra para cercar a los atacantes. La confusión era enorme y el alboroto espantoso.

De repente, los negros pasaron al ataque. Salieron a relucir multitud de navajas. Los atacantes blancos iniciaron una desordenada retirada, sólo para estrellarse contra una masa negra que aullaba frenéticamente. Vi caer a dos de los blancos y desaparecer debajo de los pies de decenas de combatientes. Era un espectáculo indecente.

Y entonces, como salidos de la tierra, brotaron policías de todas partes armados de largas porras y equipados con cascos de acero. Su intervención fue lo más brutal que yo haya visto jamás. Bajo sus salvajes golpes los negros caían como hormigas aplastadas y en pocos minutos la lucha hubo terminado. Los negros escaparon a todo correr y sobre el asfalto de la calle quedaron un par de docenas de cuerpos revolcándose de dolor. Sus gemidos se mezclaron con los gritos de los guardias, que siguieron golpeando sin piedad a los negros que trataban de escapar arrastrándose penosamente.

Unos policías se acercaron a nosotros, empujándonos sin una palabra al interior del hotel. El recepcionista dijo, cuando los dos guardias se alejaron:

—Será mejor que se quede usted dentro, míster Davis.

—¿Cómo consienten esas salvajadas? —gruñí, tomando la llave de mi habitación.

—Cada día es peor, pero nadie quiere meterse.

—Ya veo...

Volví a la puerta sólo para ver cómo algunos guardias auxiliaban a los muchachos blancos caídos en la refriega. Otros se dedicaban a arrastrar a los negros heridos o inconscientes, alineándolos sobre la acera en espera de las ambulancias.

Asqueado, subí a la habitación, me despojé de la camisa empapada de sudor y me serví un generoso trago. Sentía la garganta seca como un desierto.

## CAPITULO III

Después de cambiarme de camisa volví a salir con ánimo de conocer un poco la vida nocturna de Pikeburg. Había cesado el aire húmedo y la temperatura era más soportable.

Entré en algunos bares que hallé a mi paso. Se notaba una extraña tensión en el ambiente y no se veía un solo negro. Escuché comentarios furiosos en todas partes dedicados a las manifestaciones, me cansé de semejante concierto y estuve deambulando un rato sin rumbo fijo, sin pensar en nada y diciéndome que aquello era muy aburrido.

Entonces descubrí un letrero multicolor con el nombre de *Exciting Club* sobre un edificio de dos pisos situado al final de una calle empinada.

Entré, me dirigí al bar y pedí de beber. Por lo menos, allí nadie parecía preocuparse por las manifestaciones negras ni las salvajes represalias de los polizontes blancos. Todo el mundo tenía otras ocupaciones más acordes con el nombre del local.

Había un buen surtido de mujeres excitantes, la mayoría acompañadas de hombres bien vestidos, pero zafios, con manazas impacientes por explorar las realidades de cuanto ellas insinuaban. Se bailaba en la pista y resonaban risas y exclamaciones alegres.

Entonces la vi. Se acercaba al mostrador con el mismo excitante contoneo de caderas que en la estación, aunque ahora vestía un modelo tobillera que acentuaba su delgada cintura. El cabello negro acariciaba sus hombros desnudos y la pálida luz arrancaba destellos de ébano de su cabellera.

—¿Ya se ha aclimatado, linda? —le pregunté cuando se encaramó al taburete de mi lado.

Me miró con curiosidad, hasta que pareció recordar y sonrió.

—Usted estaba en la estación esta tarde —dijo.

—Ajá, buena memoria. ¿Dónde está su amiga?

—¿Maybelle? Por ahí anda.

Hice una seña al mozo y cuando hubo servido a la muchacha, dije:

—¿Qué hace una muchacha como usted en una ciudad como ésta?

—¿Qué supone usted que puedo hacer?

Me encogí de hombros. Ella volvió a sonreír. Entonces aventuré:

—Tal vez trabaja en este club, ¿eh?

—No. Esta noche estamos libres. Sólo para ambientarnos, ¿comprende?

—Ni una palabra.

Me miró sin sonreír en absoluto y murmuró:

—Es mejor así.

Bebió un buen trago, se estremeció al engullir el alcohol y le ofrecí un cigarrillo, preguntando al mismo tiempo:

—Me gustaría saber qué puede hacer uno en este agujero para pasarlo bien. ¿Lo sabe usted?

—Tal vez *tirarle de la oreja a Jorge*.

—De manera que se juega —comenté, burlón—. ¿Ha descubierto usted ya los secretos ocultos de la comunidad, linda?

—Sólo algunos. Arriba, en el piso, hay un buen ambiente si le gusta el riesgo.

—¿Puede entrar cualquiera o hay que ser conocido de la casa?

—No creo que le pongan impedimentos, a juzgar por lo que he visto.

—Okey, ¿quiere probar la suerte conmigo?

Me miró calculadoramente. Me sorprendió cuando dijo:

—¿Quién es usted, amigo? No encaja en ninguno de mis casilleros.

—Llámemme Jeff. Aunque no lo crea, es mi nombre auténtico. El suyo es Chris, lo oí en la estación.

—Eso no me aclara nada.

—¿Por qué no me dice usted qué ha venido a hacer en Pikeburg?

—Está bien, usted gana. Nada de preguntas.

Acabó su bebida, pagué y nos encaminamos al piso de arriba.

Tal como ella había dicho, nadie nos estorbó el paso. El guardián encargado de la puerta, al final de las escaleras, se limitó a cedernos el paso tras saludarnos con un movimiento de cabeza.

Dentro, tres mesas de ruleta estaban bloqueadas por completo. Había dos partidas de dados en otras tantas mesas y cinco máquinas tragaperras a lo largo de una pared. Las paredes estaban acolchadas para evitar el ruido y la temperatura era fresca y agradable gracias al aire acondicionado.

—¿Qué prefiere, dados o ruleta? —indagué, tomándola del brazo.

—Es igual. Nunca tengo suerte.

—Apuesto que conmigo la tendrá. ¿Probamos los dados?

La mesa más cercana estaba completamente llena, de manera que fuimos a la segunda. Entonces descubrí al *sheriff* Clark muy entusiasmado tirando los dados en la primera, flanqueado por dos estilizadas bellezas de rostro indiferente. Ambas se apretaban contra él como si temieran perderlo.

El *sheriff* tenía el rostro congestionado y sus ojillos brillaban inusitadamente. Me pareció que había bebido más de la cuenta.

Conseguimos un espacio en la otra mesa. Chris me miró interrogadoramente. Le entregué un billete de cincuenta dólares.

—Empieza tú, linda. Veamos qué tal lo haces.

Lo hizo bastante bien. Consiguió dos puntos antes de perder el pasé.

Luego perdió una postura, pero ganó otra de veinte dólares, y cuando los dados volvieron a su poder se los quitó de la mano para examinarlos. Los hice rodar un par de veces, los examiné al trasluz y los equilibré sobre el tapete.

El fulano con visera verde rezongó:

—Aquí se juega limpio.

—Ya lo veo.

Los dados estaban bien y se los pasé a Chris.

Poco a poco, el juego fue calentándose y entonces intervine más activamente. Cuando me llegó el turno, a la segunda tirada saqué un siete. Había ciento diez dólares en mi puesta y los dejé. Chris me sonrió. El tipo de la visera arrugó el entrecejo y se hizo un silencio completo mientras hacía rodar los dados dentro de mi mano.

Tiré y saqué un ocho.

Chris lanzó un gritito de entusiasmo.

—¡Tienes que sacar otro ocho, querido! —exclamó, excitada.

Lo conseguí de la manera más poco probable: cuatro y cuatro.

El montón de billetes creció delante de mí. Aquello estaba poniéndose caldeado de verdad. Dejé todo el montón. Chris retiró cien del suyo y dejó otros tantos.

Entonces, el tipo que estaba a mi lado sacó unos dados de color verde de su bolsillo y apartó los que habíamos utilizado hasta entonces.

—Vamos a jugar con éstos —dijo con voz silbante—. Usted parece tener mucha suerte.

Le miré a la cara. Tenía la nariz casi incrustada sobre el labio. Era recio y en sus ojos había un brillo glacial.

Tomé los dados que acababa de dejar sobre el tapete y los arrojé al otro extremo del salón.

—Puede cambiar los dados, si quiere, pero serán de la casa, ¿está claro? —le espeté.

El tipo cerró los puños. Nadie dijo una palabra. Finalmente, se relajó y girando sobre los talones, se largó con viento fresco.

Al diablo con él.

Volví a coger los dados primitivos, los hice rodar dentro de la mano y Chris contuvo la respiración cuando tiré.

Los dados rebotaron contra el respaldo, cayeron y giraron locamente unos instantes.

Salió siete.

Hubo un murmullo. Chris retiró todo su dinero, entusiasmada.

El hombre de la visera verde gruñó:

—¿Sigue o lo deja?

—Ya tengo bastante de momento. Vamos a probar en otra parte.

Levanté el montón de billetes. Había casi mil dólares en él, lo cual me

alegró en gran manera.

Nos apartamos de la mesa. En la otra, el *sheriff* seguía en sus trece, acompañado por las dos bellezas. Observé cómo les entregaba billetes como si fueran *confetti*. Ellas apostaban alguno de los billetes, pero la mayoría iban a engordar su ya de por sí desarrollado busto.

Estuve mirando un rato como el *sheriff* perdía dinero en grande. Una de las veces levantó la cabeza y nuestros ojos se encontraron. No dio muestras de haberme reconocido. Tal vez estaba demasiado borracho para eso.

Chris se introdujo entre el cordón de gente y comenzó a jugar otra vez. Tuve que abrirme paso para colocarme a su lado.

La suerte no se nos mostró tan propicia como antes, pero seguimos ganando en pequeñas cantidades. Entonces se hizo un repentino silencio y todas las cabezas se volvieron hacia la puerta. Yo también miré y así pude ver a los tres hombres que acababan de entrar.

Uno de ellos era el gorila que había acudido a la estación para acompañar a las dos muchachas. Otro cíclope parecía una réplica exacta del primero.

El tercero era achaparrado, gordo y grasiento. Una cabeza pequeña coronaba su cuerpo redondo. Sonaron exclamaciones de saludo por todas partes, que el hombre no se molestó en corresponder.

Era Tonny Abbazzia.

Un torbellino de recuerdos acudió a mi mente al ver al personaje. Sin embargo, había transcurrido tanto tiempo, que no era fácil que él me recordase a mí.

Pero en eso me equivoqué, porque cuando avanzó como si se dirigiera a la mesa de dados, se detuvo en seco y sus ojillos se clavaron en mi cara como taladros.

—A usted le conozco —gruñó con su voz atiplada.

—Tal vez.

—¿Es usted de Los Angeles?

—Sí.

Hizo un esfuerzo para captar sus recuerdos. Sus ojos de serpiente no se apartaron de mi rostro ni un segundo. Los dos gorilas se mantenían detrás de él a un paso de distancia.

—¡Ya está! —exclamó de repente—. Davis, ¿eh?

—Buena memoria, Abbazzia —dije entre dientes.

—El gran bastardo llamado Davis —siguió él—. No sabe cuánto me alegra encontrarle aquí. Dígame, bastardo: ¿todavía es usted teniente?

—Dejé la policía.

—¡No me diga! —Se frotó las manos con entusiasmo. —Soy un hombre afortunado, no hay duda. Ya no es policía ahora.

Por el rabillo del ojo miré al *sheriff*. Estaba recogiendo todo su dinero de la mesa, ayudado por las dos mujeres que le acompañaban. Sus ojos

asustados no se apartaban de Abbazzia.

Yo dije:

—No deseo armar barullo, Abbazzia. El pasado, pasado. ¿De acuerdo?

—Seguro, bastardo.

Inesperadamente, me golpeó el estómago con su puño como un jamón. A pesar de la grasa seguía siendo fuerte el condenado.

Me encogí sobre mí mismo con dolores de infierno en la barriga. El se echó a reír y repitió el golpe, pero esta vez con el pie.

No obstante, estaba demasiado gordo para eso. Apenas si me rozó.

Logré enderezarme con dificultad.

—Ya basta, estúpido —gruñí—. No siga por ese camino o le haré pedazos, Abbazzia.

—¿Qué les parece? ¡Me hará pedazos!

Estalló en una carcajada. Sus dos matones dieron un salto y me sujetaron por los brazos, inmovilizándome. La sangre hervía en mis venas, pero no deseaba una pelea en aquellos momentos, aunque me prometí a mí mismo matar a Abbazzia antes de largarme de Pikeburg.

Entonces me golpeó salvajemente, una y otra vez, en el estómago, en el cuello, en la cara, mientras me debatía entre las garras de sus esbirros.

El mundo comenzó a girar a mi alrededor. Supe que no podría aguantar mucho más tiempo antes de mandarlo todo al infierno.

Entonces sonó un grito agudo y vi a Chris precipitarse sobre Abbazzia.

—¡Basta, basta! —gritó la muchacha, sacudiéndole por el brazo.

El pistolero se revolvió y la golpeó brutalmente en la cara. Chris cayó de espaldas y la sangre comenzó a surgir a chorro por su rota nariz.

Eso acabó con mi dominio. Le solté un puntapié que le alcanzó justo donde yo había deseado. Aulló como una bestia, revolcándose por el suelo presa de dolores de agonía. Todavía pude alcanzarle con otro taconazo antes que sus esbirros consiguieran apartarme levantándose del suelo.

Me arrastraron como a un fardo. Pasamos junto al *sheriff*, que lo miraba todo con aire indiferente. Llegamos a una puerta que se abría en un ángulo del salón y alguien la abrió. Pude ver una empinada escalera que descendía hasta un pozo de oscuridad, en la parte trasera del local.

Me balancearon un segundo y tras esto me arrojaron escaleras abajo. Rodé igual que una pelota, rebotando y saltando, hasta estrellarme en un suelo de tierra.

Quedé allí un tiempo, aturdido y con todo el cuerpo laténdome en una gigantesca oleada de dolor. Gemí y mi propia voz me pareció ridícula y débil.

Tras una serie de intentos fallidos, logré levantarme y andar. Descubrí que estaba en una especie de solar lleno de cascotes y basura. Anduve a trompicones, alejándome del edificio con pasos de borracho.

Por encima del dolor y las ansias de ajustarle las cuentas a Abbazzia se

elevaba el recuerdo de la pobre muchacha que había sido golpeada por aquel energúmeno. Estuve tentado de volver atrás para sacarla de allí, pero no estaba en condiciones de emprender una pelea en regla. Además, pensé que, después de todo, ella no tenía nada que temer. Abbazzia ni siquiera recordaría aquella interrupción, concentrando todo su interés en mí.

Y yo sabía que volveríamos a encontrarnos antes de mi regreso a Los Angeles.

*Y el sheriff...*

Bien, eso era otro asunto.

Encontré un taxi y me hice llevar al hotel, derrengado y exhausto, con dolores en todo el cuerpo y un persistente zumbido en mi cabeza.

Había sido una maldita noche. Afortunadamente, en mi bolsillo seguían los mil dólares ganados a los dados. Siempre era un consuelo.

## CAPITULO IV

Me despertaron unos golpes en la puerta propinados por alguien que tenía prisa. Pegué un salto y quedé sentado en la cama, aturdido por el prolongado sueño. Instantáneamente, despertó también el dolor de la paliza recibida la noche anterior, de manera que mi humor sufrió un bajón y tuve que soltar un par de maldiciones antes de coordinar las ideas.

Aporrearon la puerta con tal violencia que pensé que iban a echarla abajo.

—¡Dejen de golpear de una vez! —aullé, sintiéndome muy mal.

Puse los pies en el suelo y el frío de las baldosas me gustó. Descalzo, me acerqué a la puerta y la abrí. El policía llamado Bliss estaba allí, con el puño levantado dispuesto a seguir el concierto.

—Usted tenía que ser —protesté—. ¿No dejan dormir a los ciudadanos en este pueblo?

—Vístase y venga conmigo. El *sheriff* quiere verle.

—¿A estas horas?

—Son más de las doce del mediodía. Vístase —repitió, secamente.

—Tendrá que esperar.

Me metí bajo la ducha y estuve retozando un buen rato. El agua ahuyentaba el calor. Bliss se impacientó y entró a darme prisa.

—Váyase al infierno —le espeté—. Necesito mi tiempo para estar en condiciones de discutir con su jefe.

—Salga de aquí o me lo llevo desnudo.

Salí, secándome con la toalla. El aguardó a que me vistiera. Contempló con ojos indiferentes toda la operación, sentado en una butaca. Sólo se animó cuando vio que me sujetaba la funda axilar con el revólver en ella.

—Hace mucho calor para que vaya tan cargado —comentó con sorna.

—Alguien puede pensar igual que usted. Alguien que piense darme un disgusto, quiero decir.

—Es usted un tipo muy poco sociable, Davis... Bueno, vámonos.

Me empujó hacia la puerta. Le fastidié otra vez al salir a la calle, cuando me metí en un bar. Pedí un desayuno y lo engullí sin muchas prisas. Sólo se contuvo al pensar en el escándalo que se armaría si tenía que llevarme a la fuerza.

Cuando salimos otra vez al sol, gruñó:

—Ya sólo le falta entrar a que le hagan la manicura. ¿Qué demonios cree que está haciendo?

No repliqué. Su coche nos llevó a toda velocidad hacia el despacho del

*sheriff*. Antes de llegar allá nos cruzamos con un grupo de fantoches con sus capuchas de color púrpura, su túnica y sus galones en las mangas. Pero esos iban acompañados por media docena de individuos que en lugar de capucha llevaban casco de acero, pistola al cinto y porras de goma. Sin embargo, se cubrían con unas túnicas más cortas, y al igual que los otros, lucían insignias y galones.

Se los señalé a Bliss.

—¿Por qué no hacen ustedes algo con esas máscaras? No me diga que son inofensivos.

—Nadie es inofensivo, pero esos son ciudadanos decentes. No hay ningún motivo para molestarles.

—Ya veo... He leído que incluso muchos policías pertenecen al Klan. ¿Es usted uno de ellos?

—Hace demasiadas preguntas, hurón. Si no anda con cuidado, alguien le cortará la lengua.

—¿Algún poli, tal vez?

—Cierre la boca.

Detuvo el auto y entramos.

El *sheriff* estaba pálido y macilento. Profundos círculos oscuros rodeaban sus ojos, y cuando los clavó en mí, no había la menor expresión en ellos.

—Siéntese —gruñó—. Y usted, Bliss, espere fuera.

Quedamos solos. El removió algunos papeles de encima de la mesa. Después dijo:

—Tiene usted todo el día de hoy para salir de la ciudad, Davis.

—¡No me diga! ¿Qué cargos hay contra mí?

—Escándalo público, agresión a un ciudadano y algunos otros que podemos reunir. Mañana por la mañana deberá estar fuera de la ciudad.

—No corra tanto, jefe. ¿De qué agresión está hablando?

—Anoche armó usted una pelea en...

—Fui la víctima de esa pelea y usted lo sabe muy bien porque estaba allí, borracho y en compañía de dos zorras a las que regalaba el dinero a puñados. Debe tener usted un sueldo estupendo por lo que pude ver.

—Eso no pasa de ser una calumnia suya, forastero. Nadie podrá atestiguar semejante cosa. Yo no estuve en «Exciting Club» jugando a los dados, ni presencié la pelea ni había muchachas a mi alrededor ni mucho menos pude ver cómo Abbazzia le vapuleaba a usted. ¿Comprende? Todo eso no pasa de ser imaginación suya, Davis.

Me miró con los ojos entrecerrados, sonriendo.

—Es así como piensa hacerlo, ¿eh, *sheriff*?

—Es así como *está hecho*, Davis. Sale un tren a las nueve de la noche con dirección a Montgomery. Hay otro, el último, a las once de la noche. Puede tomar cualquiera de los dos.

—Lo siento.

—¿Qué?

—No voy a tomar ninguno de esos trenes, *sheriff*.

Se enderezó un poco, indignado.

—No me saque de mis casillas, fisgón. Puedo hacerle encerrar y que le impongan una multa de mil dólares como mínimo. Usted tiene ese dinero, de manera que tendría que pagar.

—Mis ganancias en el club —comenté—. Pero no voy a marcharme de aquí hasta dentro de unos días. Tengo que recoger los efectos personales de Artie Chambers y esperar al padre del muchacho, que vendrá para hacerse cargo del cadáver y trasladarlo a Los Angeles. Hasta entonces, seguiré en este podrido pueblo.

Barbotó un juramento. Entonces le espeté:

—¿Cómo está la chica?

—¿Qué chica?

—La que el salvaje Abbazzia golpeó en la nariz cuando intentó separarlo de mí.

—No sé nada de ninguna chica.

—*Okey*, un día de estos va a verse en dificultades, *sheriff*. ¿Sabe algo del asesino de Chambers?

—Estamos trabajando en el caso.

—No veo que usted esté trabajando en ningún caso.

Se levantó de un salto. Sus manos temblaban.

—Está bien si lo quiere así. A las once de esta noche quiero que se haya marchado. No me importa a quien tenga que esperar. Salga de la ciudad, lárguese... o le arrojaré yo mismo de aquí.

—¿Usted o Abbazzia?

Alargó el brazo izquierdo, me sujetó a través de la mesa y me golpeó con el puño derecho. No fue un gran golpe, pero yo estaba ya resentido de la paliza anterior y me dolió como un estilete en la garganta.

Me solté de un tirón, luchando por contenerme.

El dijo:

—Atrévase, Davis. Ande, golpéeme, reaccione como un hombre y lo meteré entre rejas tanto tiempo que le crecerá la barba en la planta de los pies. Vamos, anímese...

—Gracias, *sheriff*. Ahora sé que cuando llegue el momento podré matarle sin ningún remordimiento.

Escupí en el suelo despreciativamente, abrí la puerta y salí. Fuera estaba Bliss, fumando calmosamente un cigarrillo. Levantó la cabeza y me sonrió.

—Me pareció escuchar gritos, Davis —comentó, burlón.

—No eran gritos. Hay un perro ladrador ahí dentro. Entre a consolarlo, Bliss.

Se levantó, estupefacto. No estaban acostumbrados a que alguien

llamarla perro al *sheriff*. Pero entró en la oficina y cerró la puerta tras él.

Media hora más tarde estaba llamando a la puerta de la pensión donde había vivido el joven Chambers. La gorda patrona me franqueó la entrada después de examinarme por la rendija.

—¿Qué quiere usted? La policía selló la habitación... Ya he tenido demasiados disgustos con este desdichado asunto.

—Tómelo con calma. Quiero que me hable de Artie... Quizá pueda ganarse usted algunos dólares.

Ese era el lenguaje que ella deseaba oír. Sus ojos relucieron codiciosos, y me señaló un pequeño saloncito en el que nos acomodamos.

—¿Cuánto puedo ganar? —indagó.

—Depende de sus informes... Tal vez veinticinco... o cincuenta dólares si me da noticias valiosas.

—Bueno, pregunte. En estos tiempos se necesita mucho dinero para vivir, y ahora, con una habitación cerrada...

—¿Cuánto tiempo llevaba Artie en su casa, señora Gensen?

—Oh, pues un par de meses, creo.

—¿Sabe usted dónde había vivido antes?

—Sí, él mismo me lo dijo: en el hotel Phenix. Pero el dinero comenzó a escasearle porque su padre se negó a enviarle más y entonces se trasladó aquí para ahorrar.

—¿Recibía visitas?

—No. Que yo recuerde, sólo un par de veces vinieron a verle aquí.

—¿Quién?

Titubeó y no pareció muy dispuesta a hablar. Al fin dijo:

—Temo que me complique usted la vida, míster Davis. Al *sheriff* no le gustará que le hable a usted de todo eso.

—El *sheriff* no le pagará a usted cincuenta dólares por sus respuestas. Y ahora dígame quién le visitó un par de veces.

Nuevo titubeo, y cuando se decidió murmuró:

—Míster Carp.

—¿Quién es ese míster Carp?

—La gente dice muchas cosas de él. Tiene extensas plantaciones de algodón y mucho dinero. Millones.

—¿Y se entrevistó con Artie?

—Dos veces. Siempre vino acompañado por míster Killeen.

—Ya estamos otra vez igual. No sé quién es ese Killeen.

—Trabaja para míster Carp —manifestó con evidente desgana.

—No comprendo qué pudo tratar un millonario con Artie Chambers.

¿Nunca vino nadie más a verlo aquí?

—Nadie, míster Davis. Excepto la chica, claro.

—¿Una chica? —exclamé, interesado.

—Sí, él estaba loco por ella. Se llama Ruth Moran.

—¿Y sabe usted dónde vive?

—Todo lo que yo sé es que ocupa un apartamento en el Regis, ese edificio nuevo de Park Road.

—¿Era la amiga de Artie?

—¿La amiga? No tiene por qué andar con subterfugios conmigo, míster Davis. Artie Chambers y esa chica eran amantes. El pasó más de una noche en el apartamento de ella.

—Eso puede resultar interesante. ¿Les ha contado todo esto a los policías que han estado aquí?

—Ellos no me lo han preguntado.

—Ni le han ofrecido cincuenta pavos, ¿no es cierto? *Okey*, no hable de esto con nadie a menos que se lo pregunten directamente, ¿comprende?

—Sí. ¿Puedo ver ahora el color de su dinero, míster?

Saqué dos billetes de veinte y uno de cinco, que ella se apresuró a hacer desaparecer entre sus ropas. Sonrió por primera vez y masculló:

—Desde el primer momento me pareció usted todo un caballero, míster Davis.

—Lo que no le impidió correr en busca de los polis —comenté, levantándome.

—Bueno, ellos estaban aquí y... comprenda que no podía hacer otra cosa.

—Olvídelo. ¿No puede decirme nada más de ese míster Carp?

Titubeó mientras me acompañaba a la puerta. Antes de abrirla, murmuró misteriosamente:

—Hay quien dice que es Gran Dragón, o quizá Gran Mago del Klan, aunque estas cosas no pueden comentarse a la ligera. Es peligroso, míster Davis.

—Ya veo. —Me detuve y escruté su cara mofletuda y grasienta. Se me ocurrió que todo aquello carecía de sentido y quise aclararlo al máximo antes de abandonar la casa—. Eso me hace pensar que tal vez Artie estuviera complicado de alguna manera con el Klan. ¿Sabe usted algo de eso, señora Gensen?

—Aquí todo el mundo pertenece al Klan.

—¿Usted también?

—No. Odio esas organizaciones. Son unos embaucadores. Sacan dinero de todas partes, sobre todo entre sus afiliados. Les obligan a comprar sus disfraces en el almacén de la organización. Cobran cien dólares por cada uno, cuando cualquier tienda podría confeccionarlos por veinticinco o poco más. Les exigen adquirir unos libracos mal impresos y peor encuadrados en los que se cuentan las glorias del Klan y las instrucciones para comportarse en la organización... y están las cuotas, y todo lo demás, usted sabe...

—Está bien, señora. Ya he leído todo eso en los periódicos. Lo que quiero saber es si Artie era miembro de esa pandilla.

—¿Cómo quiere que yo lo sepa? Nunca me habló de eso, aunque no me pareció que sintiera odio por los negros. Era un muchacho tranquilo y voluntarioso...

—Si pertenecía a esa maldita secta, la policía debe haber encontrado el uniforme en la habitación. ¿No es así?

—No encontraron nada de eso. Tenía poca ropa. Lo que sí se llevaron fue una gran cantidad de papeles.

—¿Qué clase de papeles?

—No lo sé. Estaban escritos por Artie. Siempre creí que se había refugiado aquí para poder trabajar en algún libro. Se pasaba largas horas escribiendo.

—Y la policía se lo llevó todo, ¿eh?

Asintió con un gesto. Entonces abrió la puerta y murmuró:

—Tengo la idea de que por cincuenta dólares le he dado demasiado a cambio. No quiero líos, ¿sabe?

—No habrá ningún lío con usted. ¿Dónde podría encontrar a míster Carp?

Eso la asustó.

—¿Piensa decirle que yo he hablado de él?

—No, en absoluto. No debe inquietarse por eso.

Salí. Cuando estaba descendiendo los peldaños, ella exclamó como despedida:

—Vuelva siempre que tenga otros cincuenta dólares sobrantes.

—Lo recordaré.

Pero ya había cerrado la puerta, así es que me largué de aquellos contornos pensando que no había querido decirme dónde podría echar la vista encima al millonario Carp.

Caía un sol de fuego. Sólo podía resistirse desplazándose por debajo de las marquesinas de las casas, y aún así, el intenso calor arrancaba chorros de sudor de cada poro del cuerpo. Condenado pueblo...

## CAPITULO V

Dejé transcurrir el resto del día sin moverme de mi habitación, aplastado por el calor que ni el aire acondicionado, si es que en realidad lo había en el hotel, podía mitigar.

Estuve varias veces bajo la ducha, vacié casi toda la botella y fumé incontables cigarrillos mientras pensaba en Abbazzia, en el *sheriff*, el Ku-Klux-Klan y en Artie Chambers, y otras cosas relacionadas con ese embrollo. Sentí tentaciones de lanzarme tras la pista del asesino, pero nunca me ha gustado trabajar gratis, de manera que ahuyenté esa idea nefasta y volví a concentrarme en el amigo Abbazzia. Mentalmente, lo vi tal como era cuando le conocí, años atrás. Recordé la enconada persecución, el tiroteo y la pelea en la cual él salió tumefacto y casi hecho pedazos.

Luego vino el proceso, mi declaración como teniente de Homicidios y la condena. No era nada extraordinario que me guardase rencor después de tantos años.

Luego, las persistentes revisiones del caso, los sobornos y amenazas de sus influyentes amigos... y la libertad después de dos años de encierro solamente.

Poco después yo renunciaba a mi cargo, estableciéndome como detective privado. Pero jamás pude olvidar a Abbazzia, no sólo porque se había reído de la ley, sino por cuanto él era el responsable de la muerte de mi mejor amigo, un sargento que cayó bajo las balas de sus pistoleros.

Algo habría que hacer al respecto antes de largarme de Pikeburg.

Había oscurecido cuando alguien llamó a la puerta. Temí que se tratara de los hombres del *sheriff*, pero cuando abrí me encontré ante la cara brillante de un muchacho negro al que no había visto nunca

—¿No te habrás equivocado de rumbo, pequeño? —dije, cediéndole el paso.

—¿Usted es míster Davis?

—Ajá... ¿Qué te parece si me dices...?

No me dejó terminar.

—¿Se llama Jeff? —inquirió.

—Sí.

—Ella quiere verle.

—Bueno, una especie de cita, ¿eh? Dime quién es ella, pequeño.

—Miss Christine.

—¿Christine? No conozco a ninguna chica llamada así. A menos que...

Naturalmente, Chris —exclamé—. ¿Es muy guapa, con el pelo negro?

—Sí, míster.

—Okey, pequeño. ¿Dónde está?

—En «la casa».

—Bueno, ¿qué casa?

—Yo le guió si quiere. Ella ha dicho que usted me daría un dólar.

—De acuerdo. Espera un minuto tan solo.

Acabé de vestirme, cargué con el revólver y salí para acudir a la extraña cita.

El negrito me guió hacia el lado norte de la ciudad a través de las calles sucias y polvorientas. De repente, se me ocurrió algo y pregunté:

—¿Cómo me has encontrado, muchacho?

—Miss Christine me dijo que usted estaría en un hotel. Sólo hay dos.

Eso lo aclaraba, pero no me permitía comprender qué podía querer la muchacha de mí.

Llegamos ante una residencia lujosa y bien cuidada, con un extenso jardín delante y algunos árboles a los lados. Estaba construida al final de una avenida en la que apenas si había otras edificaciones. Algunos coches se alineaban a lo largo de la acera.

—Entre y pregunte por ella. ¿Me da el dólar?

Le di dos y el chico echó a correr rodeando el edificio. Supuse que iría a entrar por alguna puerta trasera.

La sirvienta que acudió a mi llamada tenía más años de los que ella desearía, profundas arrugas y ojos estrechos y carentes de expresión. Llevaba un exceso de maquillaje que no lograba disimular los estragos del tiempo.

—Pase usted —murmuró.

Cerró la puerta a mis espaldas. El vestíbulo era grande y recargado. Costosos muebles, cuadros originales en las paredes, jarrones de delicada porcelana... y cortinajes en profusión. Comencé a sudar sólo con verlos.

—Busco a Chris. Parece ser que aquí la llaman Christine.

—¿Es usted conocido de ella?

—Sí.

—¿Ha estado alguna vez aquí?

—No.

—Espere.

Me dejó solo. Algo comenzó a zumbear en mi mente, algo que terminó con un chispazo de comprensión. Entonces casi adiviné lo que seguiría.

Una mujerona surgió de entre los cortinajes. Tenía más años que la sirvienta y llevaba más pintura que ella también. Su cara era desagradable, casi repulsiva. Unos labios húmedos y exageradamente embadurnados de rojo trataron de sonreírme, pero debían haber perdido la costumbre de hacerlo porque aquello fue sólo una mueca.

—Usted busca a Chris —dijo.

—Sí.

—Pero no ha estado nunca en esta casa, ¿no es cierto?

—Soy forastero, señora. Es la primera vez que vengo aquí. ¿Tan difícil es llegar a un acuerdo?

—¿Dónde conoció usted a Chris?

—En el tren que la trajo aquí. Le prometí que la visitaría y... bueno, aquí estoy —acabé, fingiendo cierta turbación.

Mi actitud dispuso sus recelos.

—Chris no se encuentra muy bien esta noche. Cayó y se lastimó la nariz.

—Lo lamento, pero incluso así me gustaría mucho verla. Voy a estar poco tiempo aquí.

—Tal vez si viera a las demás chicas cambiaría de opinión —aventuró, esperanzada—. No las ha visto tan hermosas en toda su vida.

—Oiga, señora: quiero ver a Chris, no a las demás chicas. ¿Hay que pagar por adelantado o qué?

Se enderezó, ofendida en su honor profesional.

—Suba al piso. La encontrará en la habitación del fondo del pasillo a la izquierda.

—Eso es entrar en razón, gracias.

Subí y llamé a la puerta. La voz de la muchacha preguntó:

—¿Quién?

—Jeff.

—¡Oh, entra, Jeff, entra!

Entré y cerré a mis espaldas. Ella dijo:

—Con llave, Jeff.

Di vuelta a la llave y me acerqué a la cama. Ella estaba bajo una sábana y tenía media cara cubierta por un vendaje. La voz le salía distorsionada y extraña.

—Creí que no vendrías —murmuró.

Entonces descubrí a la rubia sentada en un rincón. Se levantó al verse descubierta y vino hacia mí. Advertí que había llorado a juzgar por sus enrojecidos ojos.

—¿Cómo estás, Maybelle?

Estreché su mano. Ella no dijo nada.

Chris murmuró:

—Será mejor que bajas ahora, May. Asegúrate de que nadie sube a escuchar.

Maybelle me miró desesperadamente.

—Bueno, ¿qué sucede aquí, lindas? —pregunté, extrañado—. ¿Algún funeral o algo así? Esta se supone que es una casa alegre.

—No se burle —murmuró Maybelle.

Dio media vuelta y se encaminó a la puerta, hizo girar la llave y

desapareció. Chris dijo:

—Cierra con llave otra vez, ¿quieres?

Lo hice y luego fui a sentarme a su lado, en el lecho.

—¿Cómo está tu nariz, querida?

—Ya no me duele. Me pusieron una inyección... y dice el doctor que tengo el hueso roto.

—No debiste intervenir, pequeña. ¿Por qué no me dijiste que estabas aquí?

—No me atreví. Anoche era tan feliz... Me sentía una chica normal a tu lado. ¿Comprendes lo que quiero decir?

—Perfectamente. Ahora dime por qué me has llamado.

—Quiero que acabes con el bastardo que me golpeó.

Pegué un respingo. Su voz extraña destilaba veneno.

—Más despacio, linda. No quiero que me fríen. Comprendo que quieras vengarte, pero no se mata a un hombre porque haya propinado un golpe a una mujer.

—No es eso solamente. Además, a ti te golpeó brutalmente. Creí que iba a matarte.

—Le hubiese gustado hacerlo —refunfuñé.

—Tú quieres destruirlo, ¿no es cierto?

—Lo haría con mucho gusto. Ahora cuéntame por qué le odias tanto. No es sólo por haberte roto la nariz, ¿verdad?

—¿No es suficiente razón?

—A mi modo de ver, no.

Desvió la mirada un instante. Luego, cuando volvió a mirarme, en sus ojos había un brillo salvaje que casi puso escalofríos en mi piel.

—Hay otras cosas, Jeff. Algo horrible.

—Okey, cuéntamelo.

Titubeó, removiéndose en la cama, inquieta. La forma de su cuerpo se marcaba perfectamente bajo la sábana. Se me ocurrió preguntarme si estaría desnuda. Hacía tanto calor que era lógico que fuera así, teniendo que pasar horas y horas tendida. Creo que mi sangre comenzó a cosquillear dentro de mis venas.

De pronto, murmuró:

—Nos han traído aquí engañadas, Jeff.

Dejé escapar un suspiro antes de replicar.

—Mira, linda. No me tomes por tonto. Conozco estas cosas desde hace muchos años. Ninguna chica viene a parar a una casa como ésta sin que sepa perfectamente dónde va.

—No quiero decir eso, Jeff, no seas estúpido. Maybelle y yo nos conocimos en Birmingham, en un club que ambas frecuentábamos. Las dos sabíamos de sobras qué es la vida.

—Eso está mejor. Sigue.

—Todo empezó el día que hablamos con un hombre llamado Sanders. Nos dijo que él conocía un lugar en Pikeburg que resultaba un paraíso para las chicas como nosotras. Nos lo pintó como una especie de palacio sólo frecuentado por los aristócratas del condado, donde se jugaba y una se divertía en grande. Nos habló de las enormes ganancias... En fin, ya sabes cómo son esas cosas.

—Y tragaste el anzuelo.

—Las dos lo tragamos.

—¿Y bien?

—Esto no es nada de lo que aquel hijo de perra nos pintó. Ahora sabemos que Sanders es un agente de la casa que recorre el estado buscando caras nuevas.

—Muy bien, os engañó. ¿Qué tiene eso que ver con tu odio por Abbazzia?

—¿No lo comprendes? El es quien controla todas las casas de Pikeburg. Tenemos prohibido salir de aquí. No podemos pasear por el jardín ni hacer llamadas telefónicas. Nos pagan lo que se les antoja y debemos someternos a todas las órdenes o Jim se encarga de hacernos entrar en razón con su cinto.

—¿No estarás cargando las tintas, Chris?

—¡Oh, no, Jeff! Te juro que es cierto.

—¿Quién te ha dicho que es Abbazzia el dueño de las casas?

—Las otras chicas. Es el hombre fuerte de la ciudad. Todo lo que produce dinero es suyo, o por lo menos es quien lo controla oficialmente.

—Un hombre solo no puede haber organizado semejante imperio, linda, por muchos pistoleros que tenga a sus órdenes.

—No ha sido él solo. Dicen las chicas que hay gente importante por encima de Abbazzia. Por eso se comporta como si fuera el amo de la ciudad, porque sabe que le guardan las espaldas.

—Comprendo. No es nada nuevo después de todo, se ha hecho en otras ciudades antes de ahora.

—Hay algo más.

Suspiré, tenso. Ella se irguió un poco. Se olvidó de la sábana, que se deslizó hacia abajo demostrándome que yo había acertado en mi anterior suposición.

—Las que llegamos nuevas...

Pero se interrumpió al darse cuenta que la sábana dejaba al descubierto la mayor parte de su busto y la subió precipitadamente hasta la barbilla.

—Sigue, Chris, y olvídate de la sábana por un rato, ¿quieres?

—No hablas en serio. Estoy hecha una facha con esta máscara.

—Sigues siendo muy hermosa, lo creas o no. ¿Qué estabas diciendo?

Tragó aire antes de explicar de un tirón:

—Nos han ordenado que durante una semana tenemos la obligación de

distraya a los hombres de Abbazzia siempre que a ellos se les antoje. Dicen que es la costumbre con las chicas recién llegadas.

—Ya veo. ¿Tienes algo más que decirme?

Me miró, inquieta.

—Me crees, ¿verdad, Jeff? Te juro que es cierto cuanto acabo de decirte.

—Acepto que sea cierto. ¿Por qué me has elegido a mí para contármelo?

—No tenía a nadie más. Por otra parte, tú no eres un cualquiera, estoy segura. Te dije anoche que no encajabas en ninguno de mis casilleros. Y sigo sin comprender la clase de hombre que eres. Luego, te vi patear a Abbazzia, un cualquiera no se hubiera atrevido a hacerlo. Si los pistoleros no te sacan de allí, lo matas en aquellos momentos. ¿No es cierto?

—Posiblemente. ¿Sabes quién está por encima de Abbazzia?

—No. Lo he preguntado a las otras chicas, pero ninguna ha podido saberlo nunca.

—Está bien, querida. ¿Qué es concretamente lo que deseas? No se puede matar a un tipo como Abbazzia así como así. ¿No estarás engatusándome para escapar de aquí?

—Eso vendrá luego. Si a Abbazzia le ocurre algo, nosotras podremos volver a Birmingham y olvidar todo esto como si fuera un mal sueño. No quiero terminar como Brigit.

—¿Quién es ésa?

—Murió. La encontraron en una carretera, lejos de aquí, aplastada por un coche. Nadie supo nunca cómo llegó allí, ni cómo salió de aquí, ni con quién... Lo único cierto es que la noche anterior había desafiado a Abbazzia abofeteándolo.

Me enderecé un poco, como si una corriente eléctrica estuviera deslizándose por mi espalda. Esos eran los métodos del gran bastardo. No era la primera vez que los ponía en práctica.

—Estudiaré el asunto —dije—. Si veo oportunidad de darle su merecido a ese canalla, lo haré.

—Gracias, Jeff, sabía que podríamos contar contigo.

—Antes has mencionado a un tipo llamado Jim. ¿Quién es ése?

—El matón de la casa. Ha azotado ya a algunas chicas. Utiliza su cinturón para hacerlo.

—Ya veo. ¿Qué opinan las chicas del *sheriff* Clark?

—No lo sé, pero puedes suponer que está a sueldo de Abbazzia también. De lo contrario, no gozaría de toda su impunidad.

—Eso es seguro. Lo único que me gustaría saber es si Clark está satisfecho con ese estado de cosas. Bueno, volveré a verte cuando haya resuelto lo que hay que hacer, linda.

Se removió, inquieta. Estuve un rato mirándola calculadoramente. Ella

se dio cuenta y sonrió debajo de sus vendajes.

—Estoy horrible, Jeff..., pero pronto estaré como antes y te dejaré que me mires entonces.

No dije nada. El ver una mujer en la cama siempre me ha inspirado extrañas ideas.

—No hagas nada que pueda acarrearle disgustos, Chris. Si puedo hacer algo por ti lo haré. Hay una vieja cuenta pendiente entre Abbazzia y yo. Veré si podemos saldarla.

—Ten mucho cuidado, querido —susurró.

Me encaminé a la puerta, pero ella me llamó antes de llegar.

—¿Qué ocurre ahora? —dije, acercándome otra vez.

—¿Ni un beso de despedida, Jeff?

Me incliné y la besé suavemente. Las vendas rozaron mi cara.

—Cuídate, pequeña —dije como despedida.

Abandoné la habitación sin poderme librar de su brillante mirada.

Abajo, la sirvienta surgió como por encanto y me acompañó a la puerta. Sin embargo, no llegamos a ella porque la estrafalaria mujer que ya conocía estaba esperándome en el vestíbulo.

—¿Satisfecho? —runroneó.

—Sí.

—Son cien dólares, amigo.

—¡No me diga!

—Claro que normalmente se cobra mucho más, usted sabe... Pero la pobre Chris no está en perfectas condiciones, Somos comprensivos.

Sentí tentaciones de golpearla. Sin embargo, me dije que no me convenía armar escándalo todavía. Ya llegaría el momento.

Le regalé cien dólares y eso me franqueó la salida. Ella todavía dijo a mis espaldas:

—Vuelva usted pronto, amigo. Le gustarán las demás. Me largué a buen paso. Se me ocurrió que desde mi llegada a Pikeburg estaba soportando demasiado. Habría que hacer algo al respecto, y pronto.

## CAPITULO VI

Por lo visto, el *sheriff* había decidido que una noche de trabajo una vez al año justificaría su sueldo y estaba en su oficina cuando llegué allí. Eran exactamente las once y siete minutos de la noche.

El miró ostentosamente su reloj de pulsera cuando me senté en la silla, delante de su mesa.

—Ha perdido su tren —anunció con calma.

—No era mi tren.

—Eso cree usted. Voy a tener que mostrarme duro con usted, Davis.

—Deje eso, *sheriff*. He venido para hablar amistosamente. Así que no complique las cosas.

—¿Quién está complicando las cosas, hurón? Usted debería estar camino de la capital ahora.

—Yo debería estar en la cama ahora, lo crea o no. Estoy molido y empapado de sudor. Tienen ustedes un clima indecente aquí.

—Así, compañero. Siga hablando del tiempo hasta que se canse. Yo no tengo nada más que hacer que soportarle a usted, ¿sabe?

—A menos que quiera volver a tirar los dados, no veo *que tenga otra cosa más importante que hacer. Hábleme de Abbazzia, sheriff*.

El brusco cambio de tema le desconcertó. Abrió la boca igual que un pez fuera del agua. Luego la cerró de golpe y siguió mirándome fijo.

—¿Qué ha dicho? —barbotó al fin.

—Tony Abbazzia es un pistolero. Fue procesado y encarcelado, aunque salió a los dos años gracias a sus sucios apoyos políticos. Ahora llego a Pikeburg y lo encuentro convertido en el cacique local. Tengo curiosidad, jefe. Hábleme de él, ¿quiere?

Me estudió detenidamente. De pronto, dijo:

—Usted debe estar loco. Aquí nadie sabe que míster Abbazzia sea nada de eso que usted ha dicho.

—Yo puedo informarles si les interesa.

—No nos interesa. ¿Qué tiene entre ceja y ceja? Viene usted aquí y parece empeñarse en buscar dificultades. No queremos que nadie venga a turbar nuestras buenas costumbres, ¿entiende? Esta es una ciudad pacífica.

—Lo sé. Vi la demostración anoche cuando sus esbirros apalearon a los negros. Fue una buena muestra de lo que ustedes entienden por paz.

—Oh, bueno. Nadie se preocupa por esos monos negros. De vez en cuando hay que pararles los pies y colocarlos en el lugar que les corresponde.

—Ese es su punto de vista. Sin embargo, yo he venido a hablar de Tony Abbazzia. Sé que domina el vicio en la ciudad y que todo el mundo cobra de su nómina, incluido usted...

—¡Por Dios! ¿No le digo que está usted loco? Cualquiera diría que tiene pruebas de cuanto está diciendo.

—Las tendré en cuanto las necesite. De momento me limito a exponerle la base del asunto.

—Usted tiene un asunto, ¿eh? Me gustaría saber exactamente qué clase de locura suicida es la suya.

—En este Estado hay un gobernador.

—Cierto. Una persona encantadora. Se llama Warren. Abbazzia cena con él una vez al mes. Discuten de política y de mujeres y siempre acaban poniéndose de acuerdo.

—Es una noticia agradable, ¿verdad? Veremos qué opinarán de eso los federales.

Eso no le gustó. Yo ya imaginaba que no le gustaría.

—¿Qué demonios tienen que ver los federales con todo eso?

—Artie Chambers fue asesinado. Hasta el momento, nadie ha dado un paso para esclarecer el crimen, excepto yo. Fue un crimen racial, si me permite decirlo así. Yo meteré a los chicos de Washington en el asunto... Artie Chambers era un propagandista de los Derechos Civiles. ¿O acaso ya lo sabía usted, *sheriff*?

Se quedó sin voz. Estupefacto, siguió inmóvil, tratando de digerir la noticia. Me arrellané en la silla con la misma seguridad que si me hubiera encontrado en mi propio despacho. El no tenía medios de saber que yo me aferraba a una bravata sólo para ver cómo reaccionaba él. Y, hasta el momento, estaba reaccionando tal como había supuesto que lo haría.

Cuando recobró la voz, barbotó:

—No es posible que hable en serio.

—Siga usted soñando, jefe. ¿Leyó la declaración del presidente de hace un par de días? Bueno, apuesto lo que quiera que los del F. B. I. sí la leyeron y están impacientes para entrar en acción. Sólo les faltaba el motivo, ¿no es así? *Okey*. Yo les proporcionaré un buen motivo.

—Siga hablando hasta que me canse.

—Hay veces que me gusta hablar, *sheriff*, y ésta es una de ellas. ¿Sabe quién era Artie Chambers en realidad?

—No, pero usted puede decírmelo.

—Seguro. Uno de los más inteligentes propagandistas de los Derechos Civiles del país. Había obtenido señalados éxitos en varios Estados y había sido citado más de una vez por el Gobierno. Abandonó su casa por estar en desacuerdo con las ideas racistas de su padre, el cual le negó su dinero y borró su nombre de su testamento. Hasta que reconoció su error y decidió

hacer marcha atrás. Por eso me contrató, para explicarle el asunto al muchacho y tratar de ayudarlo si estaba en un apuro, tal como opinaba su abogado. Y ahora, jefe, puede reírse si quiere. Míster Chambers, padre, es uno de los más poderosos capitalistas de California, con influyentes amistades en Washington. Tiene un hermano que es miembro del Tribunal Supremo. Es dueño de una cadena de emisoras de televisión... ¿Sigo haciéndole la biografía de mi cliente, *sheriff*?

Ni siquiera encontró voz suficiente para replicar. Había quedado igual que idiotizado, debatiéndose en la duda de si todo aquello era cierto o sólo una sarta de embustes con que asustarle para conseguir mis fines, fueran éstos los que fueren.

Finalmente gruñó:

—¿Qué tiene eso que ver conmigo? Estamos investigando el crimen. Cuando descubramos al culpable será llevado a los tribunales y el asunto estará concluido. Ni míster Chambers ni los federales tienen nada que hacer aquí en este caso.

—Usted no encontrará al culpable, *sheriff*. Y en caso de encontrarlo no se atreverá a llevarlo a los tribunales porque será demasiado poderoso para usted. Pero no lo será para Chambers y los federales. Ni para mí, dicho sea de paso.

Reflexionó durante unos segundos, restregándose la cara con la mano. Cuando se decidió a hablar masculló:

—Usted está trabajando por algo personal, Davis, estoy seguro. Quiere vengarse de Abbazzia y para conseguirlo será capaz de armar todo este embrollo sin importarle nada los que salgan perjudicados. ¿No es así?

—Sólo en parte. Cuando caiga Abbazzia caerán otros, pero éstos no me preocupan personalmente. ¿Cree que también caerá usted, *sheriff*?

—No se aparte del asunto —refunfuñó—. Supongamos que logra usted terminar con Abbazzia. ¿Seguirá pregonando esas absurdas ideas que acaba de exponerme?

—No lo sé. Depende de la actitud que adopte mi cliente.

—Ya veo.

—¿Tenía usted alguna proposición para mí?

Titubeó, turbado.

—Tal vez, aunque tendría que consultarlo.

—Tiene tiempo para consultar con quien quiera. Mi cliente no llegará hasta mañana. Por si le faltan ideas, *sheriff*, le diré que el gran bastardo es el propietario aparente de todas las casas de prostitución de la ciudad, controla el juego organizado y las drogas. Y sus pistoleros dieron muerte a cierta muchacha llamada Brigit aplastándola con un coche. También está metido en los cabarets y... Pero tal vez usted tenga ya alguna idea de sus actividades, *sheriff*.

—Métase los sarcasmos donde le quepan, Davis. No posee una maldita

prueba de todo lo que acaba de decir.

Me eché a reír nerviosamente.

—Es usted cómico, jefe —le espeté, levantándome—. ¿Cuánto le paga Abbazzia todos los meses para que haga la vista gorda?

Su rostro se congestionó, pero se tragó la bilis porque estaba asustado. Me encaminé a la puerta, advirtiéndole:

—Recuerde que mi cliente llega mañana.

—¡Espere, maldito sea!

Me detuvo junto a la puerta. El abandonó su cómodo sillón y rodeó la mesa, acercándose a mí.

—Usted ha dicho que Abbazzia es el propietario «aparente» de todo eso. ¿Por qué aparente?

—Hay alguien más inteligente que Abbazzia por encima, *sheriff*. Y no quiera hacerme creer que usted lo ignora. Incluso es posible que sepa de quién se trata.

Su mano cayó sobre mi brazo como una garra.

—¿Por qué ha venido a contarme todo esto, qué está tramando?

—Apuesto que le gustaría saberlo.

Abrí la puerta y me solté de un tirón. Su mano cayó falta de fuerza. Le dije como despedida que nos encontraríamos en cualquier sala de juego si él decidía salir a dar una vuelta de «inspección», y me largué.

Por lo menos, uno de los bastardos que dominaban la ciudad ya tenía algo en qué pensar.

Dediqué las siguientes tres horas a recorrer toda clase de bares y tugurios, engullendo todo un surtido de bebidas que hicieron arder mi estómago y entablando conversación con los más distintos tipos con que me tropecé. Hube de pagar infinidad de copas, soportar mortales discursos sobre la política del Gobierno y los sucios negros que infestaban el Estado, tragarme con rostro sonriente los cantos elegiacos dedicados a los heroicos miembros del Klan y acabé sintiendo náuseas por todo ello. Me hubiera gustado gritarles lo que opinaba de su Klan, de ellos mismos y de su maldito pueblo en particular, pero lo que yo quería era otra cosa.

Finalmente, cuando me consideré incapaz de aguantar otro panegírico de los encapuchados, busqué un local tranquilo y me senté en un rincón para reflexionar con calma y ordenar los escasos datos aprovechables que acababa de obtener.

Me formé un cuadro mental en el que ocupaban el lugar de honor el millonario Carp y una dama cuyo nombre era Ruth Moran. Me dije que a mi cliente le gustaría saber algo de ella, ya que había compartido los últimos tiempos de su hijo, de manera que salí a la calle y me encaminé a la dirección que me había proporcionado la dueña de la pensión.

El Regis era un edificio recién terminado, con lujo suficiente para justificar que la gente dejara de llamar pueblo a Pikeburg. Habían derrochado el

dinero en su construcción, dinero que tratarían de recobrar cuanto antes mediante astronómicos alquileres.

Y Ruth Moran ocupaba un apartamento en aquel palacio.

Había un encargado nocturno sentado detrás de un brillante mostrador. Las luces del vestíbulo estaban encendidas en toda su potencia.

—¿Qué puedo hacer por usted? —preguntó amablemente.

—Deseo ver a Ruth Moran. Se trata de algo sumamente urgente. De lo contrario no la molestaría a estas horas.

—Miss Moran no está aquí, señor. Ha salido a primera hora de la noche.

—¿No sabe usted dónde podría encontrarla?

—No... Llevaba un vestido de noche, ¿comprende? No hay muchos lugares en la ciudad donde deba asistirse con ese atuendo.

—Seguro que tiene usted razón, pero aunque así sea, yo no conozco a esa señorita. Si no tardase mucho en regresar, la esperaría aquí.

Se encogió de hombros dispuesto a desentenderse del asunto. Le mostró un billete de cinco pavos y volvió a interesarse por mí.

—¿Con quién ha salido? —indagué.

El hombre miró el billete, me miró a mí, y al fin dijo:

—Con míster Killeen, señor.

Alargó la zarpa y me arrebató el billete. Entonces añadió:

—Pruebe en el «Gallant Club». Todo el mundo la conoce allí y podrán indicarle quién es. Yo mismo la he llamado allí algunas veces.

—Okey, no malgaste mi dinero.

Busqué un taxi y me hice conducir al club indicado por el portero.

Afortunadamente, la mayoría de los hombres vestían frescos trajes de verano. Si hubiesen llevado traje de etiqueta me hubieran puesto en un apuro.

No hubo dificultad alguna en localizar a la pareja. El camarero me facilitó una mesa cercana a la ocupada por Ruth y su acompañante y después me sirvió con extraordinaria rapidez.

La muchacha era un encanto de criatura pelirroja de facciones suaves y labios finos. Unos ojos oscuros iluminaban su cara y de vez en cuando miraban a su acompañante con expresión aburrida.

En cuanto al tal Killeen, resultaba un individuo agradable si uno no se fijaba en la expresión de su boca ni en la debilidad de su mentón hundido. Vestía bien y parecía encontrarse a sus anchas allí dentro. Su americana de fino tejido no podía ocultar el sospechoso bulto bajo su axila izquierda.

Estuve un buen rato contemplando las magníficas atracciones que actuaban en la pista. Después observé a la pareja mientras bailaba, y, finalmente, cuando regresaron a su mesa, Ruth habló en voz baja y se levantó, abandonando el salón.

Infinidad de miradas, entre ellas la mía, quedaron prendidas de su linda

figura mientras se alejó entre las mesas.

Esperé medio minuto y me levanté, recorriendo el mismo camino. Me encontré en un reducido saloncito en el cual había dos teléfonos en sus cabinas y las puertas de los servicios. Encendí un cigarrillo y aguardé pacientemente.

Ruth Moran tardó más de cinco minutos en reaparecer. Me dirigió una mirada distraída y se dispuso a volver al salón. Se encontró con que yo le cerraba el paso.

—Tengo que hablar con usted, señorita Moran. Mi nombre es Davis.

—¿Qué espera que le diga? Es un nombre que no me entusiasma. Por favor, permítame pasar. Están esperándome.

—El no se impacientará por unos minutos más o menos. Deseo hablarle de Artie.

Vi cómo su cuerpo se tensaba y toda ella adoptó una actitud de alerta.

—¿A quién se refiere? Tengo muchos amigos, pero no recuerdo a ninguno de ese nombre.

—No siga por ese camino, Ruth. Usted recuerda perfectamente a Artie Chambers. Hace muy pocas horas que está muerto para que le haya olvidado.

Sufrió un sobresalto, pero se rehízo inmediatamente. Era una dama con un soberbio aplomo.

—No deseo hablar de él —manifestó, con calma—. Me entristece su recuerdo.

—Por eso traía de no estar triste en compañía de ese gorila de ahí fuera. Perfectamente, Ruth, pero deberá hablar conmigo si quiere evitarse muchos disgustos.

—¿Qué clase de disgustos?

—Uno de ellos puede ser un interrogatorio de la policía...

Inició una carcajada, pero la cortó en seco para espetarme:

—No me preocupa la policía. Y ahora, si ha terminado...

—Me refiero a la policía federal, linda.

—¿Qué?

Le sonreí por toda respuesta. Luego, pregunté:

—¿Qué, le parece que hablemos usted y yo?

—Bueno, tal vez sea conveniente. Pero no ahora ni aquí —se apresuró a añadir—. No deseo que mi amigo se dé cuenta de eso.

—Puedo ir a su apartamento cuando usted me diga, mientras sea esta noche.

—Eso me parece mejor. Creo que a las dos o dos y media podré estar en casa.

—Perfecto. No obstante, he de advertirla que no me gustan los testigos de mis entrevistas. No lleve a su amigo con usted.

Me miró altaneramente, contoneó el cuerpo y me dejó plantado.

Regresé al hotel preocupado por una serie de cosas que no comprendía. En mi ronda por los bares y tabernas había conseguido datos valiosos y otros que aparentemente no lo eran tanto, pero para que pudieran adquirir todo su valor era preciso completarlos, y para eso necesitaba otra clase de colaboración.

Tuve la idea al ver al botones de servicio. El pequeño Bill era quien dormitaba sentado en la silla al lado del ascensor.

Me condujo arriba, y cuando llegamos al piso, le dije:

—Quiero hablar contigo, Bill. Deja el ascensor aquí y entra un momento.

—Sí, míster Davis.

Cerré la puerta de mi habitación. Sus ojos vivarachos estudiaban cada uno de mis movimientos esperando ver en qué bolsillo metía la mano.

—Necesito entrar en contacto con cierta persona, Bill —empecé.

Asintió con un cabezazo, pero no habló. Yo añadí:

—Tú conoces a la gente de aquí. ¿Quién dirige el movimiento negro en este pueblo?

Todo el interés de su mirada se apagó de súbito. Se encogió de hombros y adoptó una actitud indiferente.

—Yo no sé, señor... —empezó.

—Cierra el pico —le atajé—. No deseo perjudicar a los negros, todo lo contrario. Pero es preciso que hable con alguno de vuestros dirigentes. No creo que su identidad sea ningún secreto para los habitantes de Pikeburg, ¿no es así? Debe pronunciar discursos, presidir reuniones... ¿Quién, Bill?

Debió comprender que yo tenía razón. Si el cabecilla era conocido públicamente por los habitantes blancos de la ciudad, no había por qué mantenerlo en secreto ante mí.

—Se llama Marty Drum —murmuró.

—Okey, ¿dónde puedo encontrarlo?

—¿A estas horas? No vaya usted, míster Davis. Es muy peligroso. Todos están excitados.

—Escucha, ¿tiene teléfono?

—Debe estar en la guía. Es abogado.

—Eso es todo, muchacho.

Se embolsó los dos dólares y se largó. Consulté la guía telefónica sin perder un minuto y encontré el número de teléfono del abogado negro. Le telefoneé inmediatamente.

Una voz inquirió:

—¿Quién llama?

—Deseo hablar con Marty Drum.

—Yo soy Drum.

—Me llamo Jeff Davis, de Los Angeles. Estoy aquí por Artie Chambers. ¿Recuerda usted ese nombre?

—Sí.

—Necesito hablarle. ¿Puedo ir a su casa, Drum?

Lo pensó un buen rato.

—No es conveniente. Dígame qué quiere usted de mí exactamente y tal vez podamos arreglarlo.

—Es algo demasiado complicado para pregonarlo por teléfono. Pero si le sirve de algo, soy detective privado, contratado por el padre de Artie.

—Comprendo. ¿Dónde está usted?

—En el hotel Phenix.

—Muy bien. Salga usted a la calle dentro de quince minutos. Un auto le recogerá en la acera.

—De acuerdo.

Colgué. Quince minutos más tarde estaba plantado en la acera fumando cigarrillos y examinando todos los coches que se acercaban o pasaban por allí.

Al fin, un «Ford» con bastantes años encima se detuvo frente a mí. Un negro asomó la cabeza.

—¿Míster Davis? —preguntó con voz queda.

—Sí.

—Suba.

Me acomodé a su lado. Apartó el coche del bordillo y salió zumbando sin pronunciar una palabra.

Reflexioné que tal vez estaba metiéndome en demasiados líos. Si después mi cliente se negaba a pagarme los gastos habría hecho un pobre negocio.

## CAPITULO VII

Marty Drum era un hombre de unos treinta y cinco años, alto y con unos hombros de atleta. Su ensortijado cabello era más claro que el color de su cara. Sin embargo, tenía facciones correctas y agradables.

—Antes que empiece a hablar —me advirtió, tras estrechar mi mano—, he de advertirle que no conocí personalmente a Artie Chambers.

—Ya lo supongo. Yo sé la clase de hombre que era.

—Bien, eso facilitará las cosas. Chambers era un furibundo enemigo de los negros.

—Está en un error, Drum —le dije suavemente—. El muchacho era de los más inteligentes y valerosos paladines que ustedes hayan tenido jamás.

Me examinó con extrañeza.

—Tal vez estemos hablando de dos personas distintas —refunfuñó.

—Nada de eso. Artie Chambers lo abandonó todo para dedicarse a su ideal. Incluso su familia le repudió al principio.

—No lo comprendo. Aquí demostró todo lo contrario.

—Creo que tengo la explicación para ese proceder. Artie estaba reuniendo material para asestar un golpe definitivo a las autoridades de este Estado y al Klan. Por eso se presentó como enemigo acérrimo de las gentes de color y utilizó un nombre que no era el suyo acostumbrado.

—¿Cómo?

—Su nombre verdadero es Artie Forrester Chambers. Eliminó el primer apellido. ¿Comprende?

—Creo que sí. Pero en ese caso su muerte sería debida a lo que estaba haciendo. ¿Es eso lo que usted piensa?

—Exacto.

Asintió con un leve gesto. Sus inteligentes ojos se entrecerraron y se concentró en sus pensamientos.

Yo dije:

—La policía se apoderó de todo lo que él había escrito hasta el momento de ser asesinado. Imagino que todo lo habrán destruido. Sin embargo, creo que su muerte podrá ayudar a la obra por él emprendida, Drum.

—¿De qué manera?

—Necesito informes, detalles... datos sobre las personas que me interesan. Usted puede facilitármelos, si quiere.

—Adelante. Haré lo que pueda por usted.

—En primer lugar, supongo que la mayoría de agentes del *sheriff* son miembros del Klan. ¿No es así?

—En efecto, incluyendo al *sheriff*.

—Ya lo imaginaba. ¿Quién es Carp?

Su rostro sufrió un cambio radical. Se endureció y hasta sus ojos dieron la sensación de cambiar de color.

—Es el jefe de la secta aquí, en Pikeburg. Mejor dicho, eso es lo que la gente cree, pero en realidad es el Gran Dragón de este Estado.

—Ajá... ¿Es seguro eso, Drum? No me gustaría cometer ningún error por ese lado.

—Sin ninguna duda, míster Davis. Una vez o dos al mes se reúne con su jefe inmediato, el Gran Mago. La verdad es que la secta ha cobrado impulso y fuerza gracias a su dirección. No puede usted imaginar el poder que detentan esos criminales en sus manos. Están infiltrados por todas partes. Gastan sumas ingentes en propaganda...

—¿Cree usted que Carp emplea su propio dinero en esas campañas de publicidad?

—No, se habría arruinado hace tiempo. Pero no les falta el dinero. En todo el Estado tienen grandes negocios de confección, aparte de los ingresos voluntarios de los miembros en concepto de cuotas. Además, durante la época del algodón, han fijado un impuesto especial sobre los jornales de los trabajadores negros, y si alguno se niega a pagar se queda definitivamente sin trabajo. No vuelve a ser contratado jamás para la recogida.

—De manera que de los jornales de los negros engordan las arcas del Klan... No deja de ser una jugada maestra, Drum.

—Estamos tratando de acabar con todas esas indignidades.

—¿Quién es Ruth Moran?

—Supongo que se refiere usted a la amante de Carp.

—Creo que en eso se equivoca, Drum. Ruth Moran era la amiga de Artie. Incluso éste pasó más de una noche en el apartamento de esa muchacha.

—Tal vez estuviera espíándole. Si se trata de la misma mujer que yo imagino, no hay ninguna duda que pertenece a Carp.

—Vaya, vaya, Drum. Eso la hace muy interesante para mí, aunque me parece muy problemático que Carp accediera a compartir la muchacha con Artie.

—¿Por qué le extraña? Son gentes degeneradas, sin moral, llenos de odio y crueldad. Exigen la moral en los demás, especialmente a los negros, pero ellos están exentos de cumplirla.

—Ya veo... Me parece que habré de ocuparme de Carp inmediatamente.

Me contempló con extrañeza.

—No sabe lo que dice —masculló—. Está siempre rodeado de los guardias del Klan. Están organizados como una fuerza militar, incluso con

uniformes. No tendría usted ni una probabilidad si se convertía en sospechoso para ellos.

—Ya veremos. ¿Dónde puede encontrarse a ese personaje?

Dudó entre decírmelo o callar. Advertí cierta admiración en su manera de contemplarme. Finalmente, sonrió.

—Si le gusta a usted arriesgar el pellejo... Después de todo, usted es un blanco y es posible que pase desapercibido. Esta noche celebran una de sus ceremonias en Green Canyon. ¿No ha advertido que no se ven gentes de color por las calles?

—Sí.

—Es la manera de evitar choques sangrientos. Los negros están excitados, cansados de humillaciones y asaltos. Y esos demonios sólo aguardan el más pequeño pretexto para atacar.

—Vi una muestra, Drum. ¿Dónde está Green Canyon?

—¿Sigue decidido a ir allí?

—Sí.

—Se lo mostraré en un mapa, aunque le bastará con seguir a cualquier enmascarado que vea esta noche... Todos se dirigirán al lugar de reunión para escuchar los discursos.

—¿A qué hora?

—Están citados para las tres de la madrugada.

—Vaya una hora para reunirse.

—Eso demuestra la importancia que conceden a esa asamblea.

—¿Cómo podré conocer a Carp?

—Le bastará con fijarse en sus insignias y galones, aparte de que estará en la tribuna. Luce un dragón dorado en las bocamangas y en medio del pecho. Naturalmente, ostenta otras insignias, pero con éstas podrá identificarlo. Su capucha es de color azul en lugar de encarnada.

—Es suficiente, Drum.

—Sigo opinando que se arriesga usted inútilmente. Es imposible hacer fracasar la asamblea, y mientras esté rodeado de sus esbirros no podrá ni acercarse a

Carp.

—Pero lo veré y podré seguirle después para saber qué hace y conocer sus movimientos. Además, tengo curiosidad por ver uno de esos aquelarres.

—No los menosprecie, Davis. Son extremadamente peligrosos.

—Yo también lo soy si me obligan a ello, Drum. Volveré a ponerme en contacto con usted. ¡Ah! Antes de marcharme quiero hacerle una última pregunta: ¿Qué sabe de Tony Abbazzia?

—Tan sólo que es un gángster. Domina la red del vicio. Nunca nos hemos ocupado de él, si es eso lo que quiere decir, Davis.

—¿Es posible que esté relacionado con el Klan?

—¿Abbazia? No diga tonterías.

—Okey. Era solamente una pregunta. ¿Cómo voy a salir de este barrio, Drum? No me gustaría que sus camaradas me dieran un susto.

—El mismo coche volverá a llevarle al hotel.

—Eso me parece mejor. Hasta la vista, Drum.

No tuvimos ninguna dificultad durante el viaje de regreso, si exceptuamos la desagradable visión de algunos encapuchados deslizándose por las calles como fantasmas.

Abandoné el coche a cierta distancia del hotel, esperé que se hubiera alejado y entonces llamé un taxi. A las dos menos diez minutos estaba llamando al apartamento de la bella Ruth Moran.

Esta me franqueó la entrada casi antes de separar el dedo del timbre.

Todo el lujo que uno percibía en la construcción del edificio, lo encontraba centuplicado en los apartamentos. Incluso en Hollywood habrían competido con éxito.

—Síntese. Puedo ofrecerle de beber si le apetece, pero le agradeceré que sea breve. He de salir otra vez.

—No la entretendré mucho —aseguré, pensando que debería estar obligada a asistir a la asamblea del Klan.

—Antes que empiece usted, quiero ver sus papeles... Me intriga su manera de comportarse.

Le mostré mi licencia, refunfuñó algo con evidente desprecio y se dispuso a escucharme con aire ausente.

—Voy a ir directo al grano, Ruth. Usted estaba liada con Artie Chambers.

—No me gusta su manera de expresarse —protestó, indignada.

—Tendrá que soportarme, ya le he dicho que no deseo perder tiempo. Digo que usted era la amante de Artie hasta que él fue asesinado. Quiero saber cuáles eran las amistades del muchacho, su manera de comportarse con la gente y todo lo que usted sepa del trabajo que él estaba realizando.

—Pregunta usted demasiado, figón. En cuanto a lo que Artie estuviese haciendo, no sé una palabra. Nunca me habló de ello.

—Miente, pero comprendo que no puedo obligarla a decir la verdad. De todas formas, ya tengo alguna idea sobre su obra. ¿Qué hay de sus amistades?

—No las conozco.

Esbocé una sonrisa burlona.

—Tampoco debió ver usted nunca a los visitantes de Artie. ¿Me equivoco?

—En absoluto.

—De acuerdo, de acuerdo. Yo esperaba algo así por su parte, pero quería comprobarlo. Ahora dígame quién la pagó o le dio instrucciones para engatusar al pobre muchacho, Ruth. ¿Fue Carp tal vez?

Fue un golpe de suerte. La vi palidecer hasta la raíz de los cabellos, aunque sus ojos me fulminaron con una mirada asesina.

—Estoy segura que no sabe de qué está hablando... —masculló con mal reprimida cólera—. ¿Es con esos argumentos con los que piensa hacer intervenir a los federales?

—Oh, tengo otros, encanto, no se preocupe. En realidad, estoy enterado de tantas cosas que se asustaría si pudiera saberlas. Pero le aseguro que sería un placer para mí poder dejarla al margen de todo esto, Ruth.

—¡Qué amable! —exclamó sarcásticamente.

—Créalo o no. Estaría dispuesto a hacer cualquier cosa por usted. Naturalmente, a cambio de un poco de ayuda.

—¿Sí?

—Exacto. Sólo que me dijera quién le ordenó espiar a Artie y por qué. Naturalmente, o fue Carp o el gran bastardo, de eso no me cabe duda, entre otras razones...

—Espere un momento —me interrumpió—. ¿A quién se refiere con eso?

—Abbazzia.

—Está loco.

—Entonces se trata de Carp. Visitó a Artie algunas veces y no creo que fuera para felicitarle por su trabajo.

—Lamento haberle recibido, fisgón. Temí que pudiera usted perjudicarme, pero ahora me doy cuenta que es inofensivo. —Soltó una corta carcajada y me señaló la puerta—. Márchese y déjeme en paz. Tengo que vestirme para asistir a una cita.

Me levanté tranquilamente. Había conseguido mucho más de la entrevista de lo que ella podía sospechar.

Pero antes de salir le espeté:

—No se olvide de colocarse la capucha, Ruth. No estaría bien que desentonara del resto de la concurrencia.

Creí que iba a golpearme, pero se contentó con estamparme la puerta en las narices.

Un taxi me llevó rápidamente al hotel. Necesitaba hacer algunos preparativos para asistir al aquelarre. El ruidoso vehículo atronó las calles con su ruido de chatarra antes de depositarme ante la entrada del Phenix.

Subí a mi habitación, saqué una camisa deportiva de color azul oscuro, me despojé de la que llevaba puesta, cambiándola por la nueva, y finalmente comprobé el buen funcionamiento de mi fiel «38».

También cambié de traje, vistiéndome con uno de tono más oscuro, y estuve listo para emprender la expedición. Cuando llegase mi cliente podría ofrecerle un buen informe, aunque maldito si le gustaría nada.

En fin, con que quisiera pagarlo era suficiente para mí.

## CAPITULO VIII

Apostado a un lado del camino, oculto por un espeso matorral, contemplé el desfile de encapuchados fantasmones que se dirigían al lugar de la asamblea. Todos iban en grupos, aunque no hablaban. De vez en cuando pasaba alguno de los matones luciendo sus vistosas insignias y su pistola en el cinto. Esos se cubrían con un casco de acero del ejército.

Según mis cálculos, me encontraba a menos de un cuarto de milla de la vaguada donde iban a reunirse. Por encima de la suave loma que cerraba mi horizonte, se distinguía el resplandor de innumerables antorchas, las mismas antorchas que los enmascarados llevaban al dirigirse al punto de cita, aunque apagadas. Me pregunté si también tendrían la obligación de comprar las antorchas al almacén del Klan.

Finalmente llegó también mi oportunidad. Un encapuchado se acercaba por el camino a buen paso. Como los demás, llevaba en la mano su antorcha apagada. A la escasa luz de la luna era apenas una silueta negra y fantasmal con su capucha y sus ropas flotantes.

Saqué el revólver y lo empuñé por el cañón. Justo cuando el tipo pasó frente a mí salté sobre él, que giró en redondo, sorprendido por mi súbita aparición. No le di tiempo a gritar. Creo que ni siquiera tuvo tiempo de verme la cara.

La culata de mi revólver le golpeó a un lado de la cabeza y puedo asegurar que puse todo mi entusiasmo en aquel trastazo. El nombre emitió un gemido y se desplomó.

Agarrándolo por los pies, lo llevé a rastras hasta el refugio de los matorrales. Allí le despojé de sus vestiduras de ceremonia, le registré los bolsillos con la esperanza de hallar algo de interés, pero me convencí de que no eran tan estúpidos como podía creerse. No llevaba encima ni siquiera un cigarrillo.

Le quité la camisa e hice tiras con las que amarrarlo. Fabriqué también una mordaza y se la coloqué tan apretada que tuve la esperanza de que no pudiera respirar y se fuera al infierno de visita.

Hecho todo eso, me coloqué encima las vestimentas de mi víctima. La túnica resultaba corta para mi estatura, pero había visto a otros enseñando los bajos de los pantalones de manera que eso no era problema.

Tras encasquetarme la capucha de color púrpura, salí al camino y anduve a paso rápido hacia la concentración. Bordeé la colina y me encontré de repente sumergido en un ambiente de pesadilla.

Por lo menos había doscientos fantasmones congregados allí. La mayoría

de ellos sostenían antorchas encendidas y una humareda gris se elevaba hacia el cielo como una neblina. En medio del gran coro se erguía una gigantesca cruz de madera cubierta de arpillera.

Junto a la cruz había dos latas de plástico, seguramente conteniendo gasolina para empapar la arpillera.

Un fuerte rumor de conversaciones contenidas era todo lo que podía oírse. Me deslicé por detrás del corro, acercándome a la plataforma de madera que habían montado en un extremo de aquel prado. A poca distancia, las sombras oscilantes de los árboles cerraban la perspectiva como si aquello fuera un anfiteatro.

De repente, las conversaciones se extinguieron y todo el mundo quedó inmóvil, expectante.

Giré la cabeza y contemplé la llegada a la plataforma de los jefes de aquella turba. Distinguí perfectamente al que lucía el dragón dorado en el pecho sobre fondo azul. En su capucha brillaban multitud de bordados de oro.

Se colocó en el lugar de honor, flanqueado por dos fantasmones corrientes, o por lo menos vestidos como los demás, aunque ostentando unas grandes insignias rojas con una llama amarilla en el centro.

Al pie de la plataforma de madera se estacionaron cuatro guardianes con cascos de acero.

El Gran Dragón saludó a la multitud, pronunció unas palabras de algún ritual que no entendí, y sin perder tiempo inició un inflamado discurso.

Resultó una melopea capaz de producir jaqueca a una piedra. Habló de la superioridad indiscutible de la raza blanca, de cómo debía ser preservada esa superioridad aun a despecho de los mismos blancos. Bramó al mencionar la obligación de los afiliados al Klan que consistía en defender a las mujeres blancas de cualquier asalto, violación e incluso de la palabra de los macacos negros.

Aulló con redoblado entusiasmo al referirse a la manera cómo había sido reprimida la manifestación de la otra noche, elogiando la valerosa y recta actitud de los policías encargados de desbaratar a los negros, poniendo de relieve que todos ellos eran miembros de la secta.

Luego recordó a todos la fórmula que habían jurado cumplir al ser admitidos en el Klan, consistiendo en admitir la muerte de manos de los «hermanos» en caso de traición, y en ejecutar esa pena de muerte sin ninguna vacilación sobre la persona del «hermano» que hubiese cometido la ignominia de traicionar a la secta.

Se elevó un murmullo de aprobación cuando el Gran Dragón hizo una pausa. Tras ese respiro, reanudó su filípica contra los «renegados», «mestizos de alma», que a pesar de su piel blanca pregonaban la igualdad de derechos y razas, y acabó anunciando que había reunido al Klan para darles cuenta de una importante noticia.

Todo el mundo guardó silencio, mientras el tipo alargaba la pausa con evidente intención de acrecentar el *suspense* del momento.

Tras esto, dijo que había recibido noticias del Hermano Gran Mago del Klan en el sentido de que unos bien adiestrados agentes perturbadores, propagandistas enviados por un organismo del Gobierno de Washington estaban en camino de Alabama para pronunciar discursos e instruir a los negros sobre sus derechos.

Estalló un rugido de furor bien conducido. Gritos histéricos ahogaron las voces que intentaban poner calma, y finalmente el Gran Dragón se vio obligado a emplearse a fondo para restablecer el orden.

Imaginé que si aquellos propagandistas hubieran estado allí aquella noche, no habría quedado de ellos ni un botón de sus camisas.

El discurso acabó recomendando calma, pero exigiendo una constante vigilancia para descubrir la llegada de los perturbadores, a los que tachó de comunistas, lo mismo que al Gobierno de Washington.

Cuando el individuo dio por terminado su discurso, los demás aplaudieron discretamente, saludaron con las antorchas y acto seguido se inclinaron hacia adelante en un saludo parecido al mahometano.

El Gran Dragón dio una orden y la gigantesca cruz fue empapada de gasolina. Alguien acercó una antorcha a la arpillera y una gran llamarada se elevó rugiendo.

Todos los asistentes formaron un círculo alrededor de la cruz ardiente. Yo me mantuve en la última fila, maravillado de que en pleno siglo veinte pudieran existir semejantes energúmenos.

Y entonces las cosas se complicaron de la manera más inesperada.

Observé un remolino y el círculo se rompió. Dos encapuchados penetraron en el redondel sosteniendo entre sus brazos a un hombre casi inerte. Todavía llevaba trozos de su propia camisa atados a las muñecas.

Habían encontrado al fulano que yo había amarrado. Me consolé al pensar que entre tantos enmascarados no podrían reconocerme, pero incluso así noté una creciente inquietud. Podía esperarse cualquier salvajada de aquella turba de fanáticos con instintos criminales.

El Gran Dragón descendió del estrado y se mezcló democráticamente con el grupo que rodeaba a la víctima de mi asalto. Hubo exclamaciones, gritos y órdenes. Los guardianes se desparramaron por todas partes, con la mano muy cerca de la pistola.

Y fue en aquel instante que comprendí cuán fácil iba a serles mi identificación.

Una voz procedente de la tribuna ordenó que todos los congregados permanecieran en sus respectivos lugares y levantaran el brazo derecho hasta colocarlo horizontal.

En las mangas de mi túnica había un estrecho galón azul ribeteado de oro. No pude ver más que otra manga como la mía en mis cercanías.

Retrocedí un paso. Dos guardianes armados iniciaron la inspección de las mangas. Yo seguí retrocediendo hacia las sombras sin ser visto cuando la voz gritó, muy cerca de mí:

—¡Eh, tú, quieto ahí!

Vi venir a uno de los matones con casco de acero. Se acercaba con la automática en la mano y algunas cabezas detrás de él se volvían para ver qué estaba pasando.

—¿Adónde ibas? —indagó, cuando estuvo a menos de un paso de mí.

Señalé los árboles por encima del hombro.

—¿Es necesario que te lo detalle con todas las letras?

—Vuelve al círculo. Podrás alejarte cuando hayan comprobado tu identidad.

—Está bien, no te alteres...

Esbozó una mueca de superioridad ante mi evidente sumisión. Entonces le disparé un puntapié que le hizo saltar la pistola de la mano, al mismo tiempo que le arrancaba un grito de dolor.

No podía perder un segundo si quería salir con el pellejo entero de allí. Le descargué un mazazo con el borde de la mano en pleno cuello y el matón se derrumbó llevándose las manos a la garganta. Un terrible estertor brotaba de sus abiertas fauces.

Eché a correr desesperadamente hacia el bosque. Era mi única esperanza.

Sin embargo, antes de llegar a los primeros troncos comenzaron a disparar. Un par de balas aullaron muy cerca de mi oreja. Corrí en zig-zag sosteniéndome la túnica para que no me impidiera moverme con agilidad.

Algunos balazos más me buscaron con criminales intenciones. Cuando me lancé de cabeza entre los árboles vi saltar trozos de corteza a pocas pulgadas de mi cara.

En unos segundos me despojé del disfraz, que arrojé a un lado. Entonces empuñé el revólver y seguí corriendo.

Aquella manada de lobos se internó también en el bosque. Pesados pasos aplastaron la hojarasca señalándome la proximidad de los asesinos a sueldo y eso espoleó mi carrera. No obstante, yo desconocía el terreno y ellos lo conocían. Eso era una diferencia a tener en cuenta. Era necesario detener su carrera aunque fuera momentáneamente.

Me agazapé detrás de un árbol y aguardé a que las primeras sombras se destacaran del fondo negro de la arboleda. Entonces disparé dos veces seguidas, apuntando con calma.

Sonó un alarido espeluznante y las sombras se detuvieron. El alboroto en el bosque cesó de golpe. El alarido se repitió, más débil. Me alegró haber escarmentado a uno por lo menos.

Proseguí la huida, pero mis pasos sobre la reseca hojarasca me delataron, atrayendo sobre mí una andanada de plomo. Me vi obligado a

arrojarme al suelo y arrastrarme como un gusano durante cierto trecho.

Finalmente, volvieron a llegar demasiado cerca de mí para que me sintiera tranquilo. De nuevo me agazapé, esperé y apreté el gatillo.

Una de las sombras pegó un salto, al mismo tiempo que gritaba de dolor. Otros a su alrededor dispararon contra mí, lo que me obligó a cambiar de refugio. Pude cazar a otro fulano, cuyo casco de acero produjo un ruido sordo al golpear contra el tronco de un árbol. No gritó ni se quejó, lo cual me dio a entender que había recibido la bala en un mal sitio.

Cuando, una hora más tarde, me vi en la carretera, estaba agotado y tan furioso que hubiera sido capaz de pegarle fuego al pueblo con la misma tranquilidad que ellos habían encendido la gran cruz de madera.

Me entretuve en poner un poco de orden a mi revuelta indumentaria. Así entré al hotel, pasé por delante del dormido recepcionista y me metí en el ascensor.

El negrito me anunció:

—Una señora le ha llamado por teléfono, míster Davis.

—¿Cuándo?

—Hace media hora.

—¿Ha dado su nombre?

—No, pero ha dicho que volvería a llamar.

—Está bien, gracias, Bill.

Apenas si me entretuve un minuto bajo la ducha. Me dejé caer sobre el lecho y al instante el cansancio y el sueño me vencieron, eliminando de mi cuerpo el dolor y de mi mente los recuerdos y temores.

Había escapado por un pelo.

## CAPITULO IX

El periódico de la mañana traía las dos noticias. La que había merecido los honores de los grandes titulares era la referente al tiroteo en el bosque. Según la versión oficial, un asesino loco se había introducido en una pacífica reunión de amigos, cambiándose múltiples disparos. El resultado habían sido dos «amigos» muertos y uno gravemente herido. Acababa pidiendo a las autoridades la máxima celeridad para castigar al despiadado asesino.

No decían una palabra de la razón por la cual un grupo de pacíficos amigos reunidos en el bosque a las tres de la madrugada llevaban armas con las cuales sostener un tiroteo.

La otra noticia me cayó encima como un mazazo. Daba cuenta del hallazgo en una cuneta del cuerpo de una mujer. Había sido encontrado por un granjero al amanecer. La mujer estaba muerta y al parecer antes de matarla la habían golpeado hasta el extremo de romperle varios huesos. No había sido identificada por nadie y las autoridades afirmaban que era forastera. Una pequeña fotografía ilustraba el reportaje.

¡La fotografía de Chris!

Una llama comenzó a arder en mi sangre. Si alguna vez en mi vida he experimentado odio fue en aquellos instantes, al comprender toda la podrida maldad que se escondía detrás de Abbazzia, del Klan y de sus corrompidos protectores.

Arrojé el periódico a un lado. Dejé el desayuno intacto y me lancé hacia la casa donde había visto a Chris por última vez.

Llamé al timbre una y otra vez antes de obtener resultados. La misma sirvienta abrió la puerta. Estaba furiosa.

—¡Bonita manera de escandalizar a estas horas! —gritó.

La aparté a un lado de un empujón. La mujer pintarrajeada apareció procedente de la escalera. Todavía no se había embadurnado la cara y no supe si me producía más náuseas con pintura o sin ella.

—Vaya unas horas de presentarse —se quejó.

Cerré la puerta de un puntapié y me enfrenté con ella.

—¿Dónde está Maybelle?

Se asustó. Sólo dijo:

—Salga de aquí. ¡Fuera!

—Quiero ver a Maybelle, y quiero verla viva. Después hablaremos de Chris.

Eso fue demasiado para ella. Comenzó a chillar como una loca y se precipitó hacia el teléfono. Le gané la delantera y arranqué el cordón de la

pared. La harpía se revolvió y trató de clavarme sus afiladas uñas en la cara. Le solté un revés con la mano plana y se desplomó, quedando sentada en el suelo.

Desde allí gritó:

—¡Nina, busca a Jim!

Me volví. La criada había desaparecido. Al final de la escalera asomaron tres o cuatro cabezas de muchachas y miraron hacia abajo con rostros asustados.

Agarré a la mujer por los cabellos y le espeté:

—Chris salió de aquí anoche. No salió sola. ¿Quién la sacó de la casa?

—Nadie... ¡Suélteme, bastardo!

La solté. De nuevo comenzó a chillar.

—¿Dónde está Maybelle?

—¡Váyase al infierno! —se revolvió, furiosa, y aulló—: ¡Jim!

Hubo un remolino en las cortinas y apareció Jim. Era un tipo delgado y fuerte, vestido sólo con el pantalón y una camiseta de un blanco impecable. En la mano derecha empuñaba un largo estilete de brillante acero.

—¿Quién es ése? —gruñó, acercándose un poco encorvado hacia adelante.

Estuve tentado de sacar el revólver y agujerearle el pellejo. Pero recordé a tiempo lo que Chris me había contado de él y rechiné los dientes.

La harpía dijo:

—Viene buscando a Chris..., y a Maybelle... Un espía, Jim. Echalo fuera.

—Haré algo mejor que eso —sonrió el tipo.

Inició una finta con el cuchillo. Giré como un trompo sobre mis pies. Cuando él logró adaptarse al nuevo movimiento la punta de mi zapato se incrustó más abajo de su vientre y el individuo salió lanzado como una pelota, aullando y llevándose las manos al lugar lastimado.

Dejó escapar el estilete, que empujé bajo un diván. El tipo cayó de rodillas, todavía agarrándose la parte dolorida. Le pateé la cabeza y cayó de espaldas. La harpía berreó como si estuvieran matándola. Me incliné sobre el fulano y le propiné un golpe seco a un lado del cuello que acabó con sus gemidos.

Entonces me apoderé de su cinturón, arrollé una vuelta en mi mano y dejé colgando el extremo de la hebilla.

—Chris me dijo que con ese mismo cinturón te dedicas a azotar a las muchachas, Jim..., vas a probar tu propia medicina y espero que te siente tan bien como te deseo.

Comencé a azotarlo sin piedad. Sus aullidos me pusieron los pelos de punta, pero no me detuve. Saltaron trozos de la camiseta mezclados con

tiras de piel. Continué azotándole implacablemente mientras sus gritos se debilitaban y los de la vieja zorra arreciaban.

Cuando el dolor casi me paralizó el brazo cesé de golpear. Jim estaba inmóvil y ya no se quejaba. Tenía la espalda en carne viva y sangraba como un cerdo. Casi estuve seguro que jamás volvería a azotar a ninguna muchacha.

Dejé caer la correa junto a él y me enfrenté con la arpía, a la que la sirvienta sostenía, abrazadas las dos.

—Espero que cuiden bien a su amado Jim, zorras. Y ahora dígame dónde está Maybelle o la azoto a usted hasta arrancarle la mitad de la grasa. ¡Vamos, rápido!

Sacudió la cabeza de un lado a otro. Me agaché y volví a apoderarme del cinturón.

—Usted lo ha querido —dije entre dientes con tono amenazador.

Ella dudó. No estaba muy segura de lo que yo iba a hacer. Finalmente, decidió no correr más riesgos y barbotó:

—Escapó anoche.

—¿Maybelle?

—Sí.

—Miente. Supongo que según usted Chris también escapó, ¿eh?

—Sí.

—¿Huyeron juntas?

Tuvo que pensar la respuesta. Yo blandí el cinturón.

—¡No! —berreó—. Chris se fue primero.

—¿Con quién?

—Sola.

Hice restallar el cinto como si fuera un látigo.

—¡Le juro que es cierto! Tuvo una llamada telefónica...

—¿De quién?

Miró a su alrededor, desesperada. La sirvienta se apretó más contra ella, mirándome aterrorizada.

—Habló por teléfono con el *sheriff* Clark.

La miré fijo. Si mentía lo hacía de manera tan perfecta que era imposible saberlo.

—¿Quiere probar el cinto, vieja zorra? —le espeté para asustarla.

—¡Le digo la verdad!

—¿Y Maybelle?

—No lo sé. Escapó por la puerta de la cocina y ya lo hemos vuelto a saber nada de ella...

Una de las chicas dijo desde arriba:

—Puede creerlo... Maybelle huyó tan pronto supo que Chris había salido.

—¿Cómo se enteró?

—Fue a su habitación. Estuve dentro mucho rato. Cuando salió estaba

pálida como una muerta.

—Ya veo...

Miré a mi alrededor, dominado por un furor salvaje. Había un gran aparato de televisión en un rincón. Lo levanté y lo arrojé al suelo donde se hizo pedazos. La vieja chilló desesperadamente. Agarré una mesita enana y utilizándola a guisa de maza hice trizas una lujosa radiogramola automática. Luego arrojé la mesita contra el enorme espejo que ocupaba toda una pared y el cristal saltó en pedazos con un estrépito de todos los diablos.

Lancé los jarrones de porcelana contra la pared donde estallaron haciéndose polvo. Desgarré las pinturas y arranqué los cortinajes...

La vieja zorra ya no gritaba. Se había desmayado y la sirvienta luchaba por sostenerla en la silla.

Las chicas me miraban desde arriba con ojos desorbitados.

Cuando no tuve nada más para pulverizar agarré el delgado cuerpo de Jim, lo levanté y lo arrojé por un ventanal. Hubo un estallido de cristales y todo el ventanal se vino abajo acompañando al inerte matón hasta aterrizar en el césped.

—Volveré por aquí si no encuentro a Maybelle y le pegaré fuego a la casa —anuncié.

Salí con todas las furias del infierno aullando en mi interior. ¿Cómo era posible que el *sheriff* se hubiera hecho cómplice de un bestial asesinato? Eso era algo muy distinto de hacer la vista gorda a cambio de un puñado de billetes...

Mientras andaba calle abajo, me pregunté cuál de las dos muchachas habría sido la que telefoneó al hotel. De pronto pensé que debía tratarse de Maybelle porque a la hora de la llamada la pobre Chris debía estar muerta.

Evoqué la imagen de Maybelle para alejar de mí el recuerdo de la que habían destrozado a golpes. La recordé tal como la viera por primera vez en el andén de la estación. Se me antojó que habían transcurrido años desde entonces, y, sin embargo, apenas si habían pasado tres días.

Maybelle. Seguí pensando en ella y en su cabellera del color del oro viejo, y su cuerpo maravilloso con el cual Abbazzia y otros sucios bastardos por el estilo pretendían arrancar un puñado de dinero...

Me prometí a mí mismo encontrarla si no la habían liquidado también. Entonces me entraron unas prisas enormes por volver al hotel y saber si había vuelto a llamar durante la mañana...

Tropecé con el botones lector de historietas. Su cara pecosa se arrugó cuando le pregunté. No sabía una palabra de nada.

El recepcionista de día se encogió de hombros y dijo que nadie había telefonado preguntando por mí. Pedí la llave con la intención de cambiarme de camisa una vez más. El violento ajeteo en «la casa» me había hecho sudar como un descargador de muelle.

—Debe usted haberla dejado en la habitación —dijo el hombre con indiferencia—. Aquí no aparece.

—Casi estoy seguro de haberla devuelto...

Subí arriba, empujé la puerta y ésta se abrió de par en par. No me gustó nada semejante sorpresa, así que empuñé el revólver y entré.

Lo primero que descubrí fueron las piernas, extendidas sobre la cama. Luego, cuando avancé, pude contemplar el resto del cuerpo con las ropas en desorden y la hermosa cara apoyada en la almohada. Se había dormido y su respiración era irregular, como si la muchacha estuviera presa en alguna pesadilla.

Cerré la puerta suavemente y me acerqué al lecho. Permanecí unos minutos inmóvil, mirándola, gozando con la contemplación de su rostro juvenil y hermoso y su cabello color del oro viejo.

—Maybelle —llamé, quedo para no asustarla.

Tuve que repetir la llamada varias veces antes de conseguir despertarla.

—¡Jeff...! —susurró.

—Tranquilízate.

—Estaba tan agotada, muerta de cansancio...

—¿Cómo has entrado aquí?

Esbozó una sonrisa.

—He esperado que no hubiera nadie abajo y he cogido tu llave. Anoche me enteré del número de tu habitación cuando llamé por teléfono.

—Ya veo...

De repente su mente volvió a la realidad y la muchacha pegó un salto y quedó sentada en la cama.

—¡Chris! —exclamó—. Lo saben todo.

Me senté a su lado y le rodeé los hombros con mi brazo apretándola contra mí para tranquilizarla.

—¿Qué es lo que saben?

—¿No comprendes? Había un micrófono oculto en la habitación. Debieron escuchar todo lo que ella habló contigo...

—¡Condenación! Un micrófono..., ahora comprendo por qué lo han hecho.

—¿Han hecho qué, Jeff?

Desvié la mirada.

—Nada, ya hablaremos luego de eso. Fue una gran suerte que tú pudieras escapar, Maybelle...

—Chris salió también. Si ha tenido suerte estará ya lejos de aquí.

—Lo siento, pequeña, pero no ha tenido suerte.

Más que las palabras fue el tono de mi voz lo que le reveló la verdad.

—¡Jeff!

—Ha muerto, Maybelle...

Pero no le dije entonces cómo había muerto.

La pobre chiquilla lloró desesperadamente acurrucada en mis brazos. Al fin conseguí calmarla y pensé fríamente en el problema que ella representaba.

—Te buscarán sin duda alguna —dije—. Y es casi seguro que también me buscarán a mí. Todo lo cual quiere decir que este cuarto no es seguro para ti, querida. Será el primer lugar que se les ocurra inspeccionar.

—¿Y qué puedo hacer, Jeff? No sé dónde ir ni a quién recurrir excepto tú... No dejes que me encuentren, por favor..., me matarán porque también debieron oírme a mí con aquel maldito micrófono...

—Ya encontraremos algo, déjame pensar, linda. Tengo la cabeza a punto de estallar.

Pensé y maldije entre dientes. No me pareció vislumbrar una solución hasta que pensé en el abogado negro.

—¡Ya lo tengo! —exclamé, precipitándome al teléfono.

Tuve suerte y lo encontré en casa.

—Ya desesperaba de volver a oír su voz, Davis —manifestó—. ¿Fue usted quien organizó el tiroteo?

—Hubo un poco de ruido. Oiga, Drum, quiero pedirle un favor.

—Adelante.

—Se trata de una muchacha. La persiguen los pistoleros de Abbazzia para asesinarla igual que han hecho con otra esta noche pasada en la carretera.

—Lo he leído en el periódico.

—Bien, ahora está en mi habitación del hotel, pero no puede quedarse aquí. Tarde o temprano esos bastardos aparecerán por aquí en mi busca... Necesito un lugar seguro para ella, Drum.

—Supongo que es blanca —murmuré.

—Sí, ¿qué pasa con eso?

—Estaba pensando en esconderla en mi casa. Pero puede traer conflictos incluso entre mis propios amigos. Ya sabe a lo que me refiero.

—Correremos el riesgo —decidí—. Es preferible a que la asesinen. De todas maneras es cuestión de unas horas tan sólo. Después me la llevaré conmigo.

—Está bien, mandaré el mismo coche que ayer. Espérenlo en la acera, pero asegúrense de que nadie les sigue. ¿Comprendido?

—Perfecto, Drum. Y muchas gracias.

—Tonterías. Los asustó usted anoche, de tal manera que ahora tardarán un tiempo en volver a provocar incidentes. Todo eso hemos salido ganando.

Colgó y yo hice lo mismo. Me volví hacia la muchacha, que estaba peinándose con ayuda de un espejito.

—Vas a esconderte en casa de un negro. Allí no te buscarán, Maybelle, y yo iré por ti tan pronto como haya pasado el peligro.

—¿Crees que podemos confiar en ese negro, Jeff?

—Por completo. Es uno de los cabecillas, abogado y muy agradable. Te cuidarán bien, pero no te asomes fuera de la habitación que te destinen. No deben verte ni los otros negros que viven junto a Drum.

—Gracias, querido. Sin ti..., ya me habrían encontrado.

—Olvídalo, pequeña. ¿Lista para salir?

—Sí...

Con la misma puntualidad y eficacia que la noche anterior, el *Ford* se aproximó a la acera, se abrió la portezuela trasera y Maybelle entró rápidamente.

—Ven pronto, Jeff —susurró antes de cerrar la portezuela.

Contemplé cómo se alejaba el coche. Entonces un *Mercury* cubierto de polvo se detuvo en el mismo lugar que había ocupado el otro y un hombre se apeó rápidamente.

Reconocí a mi cliente y pegué un respingo.

—¿Cómo se le ha ocurrido venir en coche? —exclamé.

—Lo alquilé en Montgomery para no tener que esperar al tren. Vamos adentro y cuénteme.

Entramos. Se me antojó que el hombre había envejecido diez años en los escasos días que llevaba sin verle.

Cuando terminé de referirle toda la historia, con hipótesis y suposiciones, el hombre quedó tan abatido que durante unos minutos fue incapaz de hablar.

Luego de la prolongada pausa masculló:

—Encuéntrelos usted, Davis.

—¿Qué encuentre qué?

—Abbazia y sus hombres si son los responsables de la muerte de Arte. O a Carp si es éste quien lo mató. Le pagaré todo el dinero que me pida...

—Aquí también hay policías, míster Chambers.

—¿Y para qué sirven?

No encontré respuesta a eso, de manera que di los últimos toques a un plan que me había trazado durante mis largos períodos de reflexión.

—Escúcheme usted, míster Chambers —dije—. Usted quiere vengar a su hijo y yo deseo acabar con Abbazia. Muy bien, pero no podemos hacer nada semejante sin una ayuda legal. Usted tiene influencia en el Gobierno y casi en toda la Unión. Hágalo valer ahora.

—¿Por qué?

—Pida que manden una orden telegráficamente para la policía del Estado, mandándoles aquí. O tal vez sería mejor que se marchara usted a Montgomery y dejara todo eso para mí, ¿eh?

—No.

—Muy bien. ¿Qué quiere que hagamos primero...?

—Ver al *sheriff* y reclamar las cosas de mi hijo, incluso los documentos

que le quitó la policía, esos papeles de que me habló.

—Dudo mucho que los encuentre. ¿Sabe usted qué contenían, según mi opinión?

Sacudió la cabeza. Yo añadí:

—Su hijo Artie vino aquí con el ánimo de desenmascarar a los hombres del *Ku-Klux-Klan*, ponerlo en la picota con todas las verdades expuestas en el libro. Supongo que halló alguna relación entre la explotación del vicio y el *Klan*, algo capaz de echar por tierra todo este tinglado..., y le cerraron la boca. ¿Querrá hacer ahora lo que le digo, míster Chambers...?

—Sí..., creo que tiene razón, Davis.

—En ese caso, tome el primer tren que salga y póngase en marcha. Yo me encargaré de su coche.

—¿Cuándo podré llevarme a Artie?

—No lo sé. He estado demasiado ocupado para preguntar cuándo se efectuará la encuesta. De todas formas, tiene usted tiempo de ir a la capital y traerse un puñado de policías del Estado leales y eficientes. Imagino que algunos quedarán sin contaminar. Y póngase en contacto con la oficina federal...

—No habrá inconveniente en eso.

—Entonces, póngase en marcha y regrese hoy mismo si es posible. Esto estallará en cualquier momento.

Se fue a la estación poco después, que era lo que yo deseaba para tener las manos libres para terminar con el asunto. Además, necesitaba ayuda legal cuando llegase el momento preciso.

Examiné el coche que él me había dejado. Era un buen auto y parecía en buen estado. Tal vez pudiera servirme.

Volví a mi habitación, me duché, cambié de camisa y repasé la carga del revólver dejándolo en perfectas condiciones de funcionamiento.

Casi lo acaricié cuando salí en busca del *sheriff*.

## CAPITULO X

Lo encontré en su casa, después de buscarlo en su oficina y en todos los lugares que me indicaron. Estaba en mangas de camisa, sudaba y advertí que tenía miedo.

Su casa era un alegre *bungalow* aislado cerca del río. Dejé el coche junto a la verja del jardín y entré. El tipo se llevó las manos a la cabeza.

—¡Maldito sea usted! —gimió—. Ya tengo suficientes quebraderos de cabeza sin que venga a aumentarlos... ¿Qué nueva genialidad se le acaba de ocurrir?

Me planté junto a él. Algo debió ver en mi cara que le obligó a dar un paso atrás.

—¿Quién más hay en la casa, Clark? —le espeté.

—Nadie..., mi mujer está en la ciudad...

—Bueno, despídase de ella.

Saqué el revólver y le hurgué la prominente barriga. Chilló y dio un brinco, alejándose del arma.

—¿Está loco, Davis? No puede hacerme eso a mí.

—Usted ha asesinado a Chris, sucio hijo de perra. Le dije que le mataría y lamento no haberlo hecho antes.

—¿De qué está hablando? No conozco a ninguna chica de ese...

Se interrumpió de pronto y las piernas le flaquearon.

—Repítalo, jefe —dije entre dientes—. De todas formas no podrá hablar más.

—¡No sea loco!

—¿No ha leído los periódicos esta mañana, *sheriff*?

—No..., nunca los leo hasta que llego a la oficina. Hoy todavía no...

—Lo sé, yo he estado allí preguntando por usted. ¿Por qué lo hizo, Clark?

—¿Santo Dios! ¿Pero qué cree usted que he hecho?

—Matar a Chris. A golpes.

Cayó sentado en un sillón extensible que estuvo a punto de romperse al recibir el impacto.

—¡No! —balbuceó, aterrado.

Comencé a impacientarme y le mostré el revólver muy cerca de sus narices.

—Usted la llamó por teléfono para que se confiara..., la hizo salir de «la casa». ¿No es cierto?

—¡No, maldito sea! No hice nada de eso. Sólo recuerdo a esa chica de

cuando Abbazzia la golpeó...

Aquello no tenía sentido. O sí lo tenía.

—Escuche, Clark, y no agote mi paciencia o le arrancaré la piel a tiras. Hoy mismo llegarán los federales y algunos policías del Estado. Mister Chambers se ha puesto en movimiento y ya nadie podrá detener la maquinaria de la ley por muy podrido que esté este pueblo y otros como éste. Usted será destituido y procesado, pero puede serlo por soborno o acusado de asesinato. De usted depende.

—¡Por Dios, Davis, no sé nada de ese crimen, se lo juro!

No era posible que estuviera fingiendo. Gruesas gotas de sudor se deslizaban por su cara y parecía a punto de echarse a llorar.

—Supongamos que dice usted la verdad. ¿Quién pudo telefonear haciéndose pasar por usted?

—Sólo se me ocurre un nombre.

—Abbazzia —dije.

—Sí...

—¿Quién está por encima de él?

—No lo sé. Nunca me he preocupado de averiguarlo.

—Ha dejado de averiguar muchas cosas, Clark, durante su carrera.

¿Dónde puedo encontrar a Abbazzia ahora?

—¿Pretende ir a verle?

—Tal vez.

—Le matará, Davis...

—Ya veremos. Dígame dónde suele estar por las mañanas.

—En su casa de Prospect Avenue. Pero no saldrá vivo de allí.

—Eso queda por ver todavía. Me pregunto si estaría dispuesto a hacer algo para reducir los cargos que puedan hacerle, Clark...

—¡Claro que lo haría! A pesar de lo que usted opine de mí, no soy ningún cobarde.

—No he dicho que lo fuera... Está bien, vamos a probarlo. Lárguese ahora mismo y métase en su oficina. No salga de ella para nada y espere mi llamada. Cuando esta tenga lugar le diré lo que debe hacer..., y usted lo hará porque si me desobedece le cortaré el cuello yo mismo antes que puedan juzgarle. ¿Lo ha comprendido?

—No es difícil. ¿Qué se propone, Davis? Dígamelo para que pueda prepararme con tiempo.

—Toda la preparación que necesita es un revólver y un par de policías en los que pueda confiar honradamente. Lo demás se lo daré hecho..., si sale bien.

—¿Y si sale mal?

—Entonces asistirá a mi funeral, cosa que no le disgustaría tampoco.

Giré sobre mis talones y eché a correr hacia el coche. Cuando salí disparado, el *sheriff* estaba precipitándose dentro de la casa. Pedí al cielo

que no me dejara de la mano y hundí el pie en el acelerador.

Sólo me detuve en un bar para hacer una llamada al hotel. Así me enteré que dos hombres habían ido por allí preguntando por mí. Se habían quedado en el vestíbulo, esperándome.

«Torpedos» de Abbazzia. Bueno.

Fue también uno de sus asesinos quien me recibió al llegar a la verja de la importante residencia del magnate del crimen. El pistolero casi se cayó de espaldas al reconocerme.

Pero tan pronto hubo cerrado la verja me incrustó un enorme revólver en el estómago y me quitó el mío.

—No sabes el trabajo que nos ahorras, chico —gruñó—. La mitad de los muchachos están buscándote a estas horas. Andando, el patrón saltará de alegría cuando te vea.

Abbazzia no saltó debido a su tamaño, pero quedó tan estupefacto que tardó casi un minuto en poder articular palabra. El pistolero lo aprovechó para explicarle cómo me había presentado yo solito en la boca del león.

—¿Estás majareta o qué, Davis? —barbotó al fin—. Venir aquí por tu propio pie... No lo entiendo.

—Quiero hablar contigo a solas, Abbazzia. No llevo armas, de manera que no tienes nada que temer.

—¿Es algún truco nuevo?

—Nada de trucos. Tu perro amaestrado puede quedarse fuera, junto a la puerta, y entrar a la menor voz de alarma.

Abbazzia lo pensó detenidamente. Finalmente le preguntó a su pistolero si me había registrado.

—Es lo primero que he hecho, patrón. Llevaba un «38»..., éste.

Lo mostró, orgulloso.

—Está bien, aguarda fuera junto a la puerta. Si me oyes gritar entras y lo matas sin más dilaciones.

—Será divertido —comentó el tipo mientras salía.

—Y ahora —graznó el asesino—, desembucha rápido, Davis, antes que cambie de idea.

—Tonterías. Vengo a hacerte un favor..., que tú me pagarás, naturalmente.

Ese argumento fue lo que ganó su confianza. Todo lo que fuera sobornar y corromper entraba dentro de su esfera de comprensión.

—Sigue.

—Antes de continuar debes responder a una pregunta, Tony. Estoy en tus manos, de manera que no importa que me digas la verdad. ¿Mataste tú a Artie Chambers?

Sorprendido, levantó la cabeza y me miró como si me creyera loco.

—No.

—¿Ni ordenaste a tus muchachos que lo despacharan?

—Claro que no. ¿Qué diablos podía importarme a mí un mequetrefe medio loco como aquel?

—Perfecto, Tony. Quiero cincuenta mil dólares a cambio del favor que te hago.

—¡Qué! Tú estás loco, Davis. ¡Cincuenta mil pavos!

—Sé que manejas todo el vicio en este condado, Tony. La prostitución, el juego, las drogas, los cabarets y cierta clase de protección. Todo esto vale millones..., o los valdría si fuera realmente tuyo.

Pegó un respingo.

—¿Adónde vas a parar?

—Por encima de ti hay alguien más. Tú llevas un buen bocado de todos estos negocios, pero él es quien se traga el pastel grande. Y creo que sé quién es.

—Te estás pasando de rosca, *hurón*...

—Carp —dije—. El Gran Dragón. Con los millones que se embolsa gracias a ti y tu organización puede permitirse el lujo de vivir como un rey y despilfarrar montones de dinero en sus campañas a favor del Klan. ¿Es cierto o no?

—Voy a despacharte, Davis, de manera que no tenemos por qué andarnos dando vueltas. Carp es quien montó todo este imperio. Yo sólo le ayudé al principio y luego me encargué de administrarlo. Pero él es quien provee de influencias, ¿está claro?

—Esto se ha acabado.

—¿Qué es lo que se ha acabado?

—Carp y sus influencias. Escúchame, Tony, y pon en marcha tu cerebro si es que tienes. El padre de Chambers es mucho más poderoso que Carp en todos los terrenos, especialmente en Washington. Llegará esta noche acompañado de los federales y policías del Estado porque yo le he dicho que el asesino de su hijo fue Carp y se trató de un crimen racial, atentatorio contra la Ley de Derechos Civiles. Eso da pie actualmente para que los chicos del F. B. I. metan la nariz en el asunto. ¿Me sigues, Tony Abbazzia?

¡Ya lo creo que me seguía! Estaba igual que hipnotizado.

—Ya puedes darte cuenta —proseguí—, que ni todo el Klan podrá librar a Carp ahora. He entregado suficientes pruebas al viejo para que lo manden a la silla eléctrica siete veces seguidas.

—Con lo que hundes el negocio. ¿Y todavía te atreves a pedirme cincuenta mil pavos? ¡Te haré pedazos!

—Y un cuerno harás tú. Si tienes una pulgada de cerebro me escucharás hasta el final. ¿Qué es lo que quiere el viejo Chambers? Vengar a su hijo, naturalmente. A él no le importa en absoluto quién controla el vicio aquí ni quién se embolsa los millones del juego y demás. Liquidado el asesino de su hijo el hombre se dará por satisfecho. ¿Comprendes ahora?

—Empiezo a verlo...

—Es condenadamente fácil. Tony. Si cuando Chambers llega aquí se encuentra con que el asesino de su hijo está muerto... Bien, se volverá a Los Angeles cabizbajo y amargado llevándose el cadáver del chico. Yo me encargaré además de que retire la acusación y me aseguraré de que con él se lleva a sus amigos de Washington. Y tú quedarás dueño absoluto de todo el imperio que Carp ha montado. Sólo tendrás que despabilarte para buscar algunos apoyos políticos, cosa que no te costará una vez eliminado Carp.

Se echó a reír hacia atrás en su butaca, escrutándome con sus ojos de rata.

De pronto masculló:

—Que me condenen si esto no tiene un endiablado sentido, Davis. De todas maneras, Carp está acabado..., y si le pescan vivo le obligarán a cantar y todo se irá al infierno.

—Naturalmente.

Se echó a reír a carcajadas. Cuando pudo hablar barbotó, todavía riendo:

—¡El Gran Dragón! ¿Crees que en el infierno seguirá luciendo sus hermosas insignias?

Le hice coro en su risa hasta que nos cansamos. Entonces dije:

—¿Cuándo me pagarás los cincuenta mil, Tony?

—No corras tanto. No verás un centavo hasta que todo haya terminado y el viejo haya emprendido el regreso.

—Conforme. Hay otra cosa, y es la manera de librarse de Carp. Me parece peligroso que encargues a cualquiera de tu equipo..., es un trabajo demasiado importante y un descuido puede echarlo todo a rodar. No me gustaría perder mis cincuenta grandes, Tony...

—No te preocupes, lo haré yo mismo. Me recibirá con los brazos abiertos, como de costumbre —un nuevo acceso de risa le interrumpió. Luego añadió—: Lo que no me explico es el cambio que has hecho, amigo. De policía a...

—Dejémoslo. Abandoné el cargo para establecerme por mi cuenta. Siempre supuse que algún día llegaría mi oportunidad.

—Una oportunidad de cincuenta grandes. ¿Qué crees que podrás hacer con ellos?

—Instalaré una agencia por todo lo alto en Hollywood. Es un gran negocio, pero se necesita capital para empezar. Con cincuenta mil tengo suficiente.

—Nunca llegarás a ninguna parte, muchacho...

Miró su reloj de pulsera.

—Ahora lárgate, Davis. Y no se te ocurra ninguna jugarreta sucia porque te encontraré aunque te escondas bajo tierra.

—No digas tonterías. Cuando todo esté listo me encontrarás en el hotel,

esperando la *pasta*. ¿De acuerdo?

—*Okey*. ¿Sabes, *hurón*? Hoy has nacido por segunda vez. Ya casi estabas muerto y enterrado.

Se echó a reír como un loco. Seguía riendo cuando cerré la puerta detrás de mí y volví al coche, escoltado por el estupefacto pistolero.

Me largué de aquellos alrededores a toda velocidad, busqué un teléfono público y llamé al *sheriff* sólo para asegurarme de que estaba en su despacho.

—Siga ahí, Clark —le recomendé—. Volveré a llamarle.

Me aposté cerca de un cruce de carreteras y esperé. Quince minutos más tarde pasó el coche de Abbazzia con éste repantigado en el asiento trasero. Conducía el mismo fulano que me había desarmado y al que casi había tenido que sacudir para que me devolviera mi «38».

Bueno, Abbazzia había mordido el anzuelo.

Salté fuera del coche y corrí hacia un teléfono instalado al lado de la carretera. Llamé a Clark y le espeté:

—¡Abbazzia se dirige a casa de Carp dispuesto a matarlo! Si se da usted prisa podrá cazarlo con las manos en la masa y sus preocupaciones se habrán aliviado bastante, *sheriff*. ¿Lo ha comprendido?

—¡Ya lo creo!

Colgó sin esperar más declaraciones. Regresé al coche, encendí un cigarrillo y seguí esperando.

Pocos minutos después pasó el coche del *sheriff* lanzado como una centella, aunque sin utilizar la sirena. Sólo le acompañaba el policía Bliss.

## EPILOGO

—Hubiera preferido que ese criminal fuera juzgado y condenado —se lamentó míster Chambers tristemente.

Yo dije:

—Habría tenido que juzgarlo aquí, míster Chambers. Ningún tribunal de Alabama emitiría jamás un veredicto de culpabilidad contra un Gran Dragón del Ku-Klux-Klan. Confórmese con saber que su hijo no ha quedado sin venganza, cosa que muy bien pudo ocurrir.

El capitán de la policía del Estado que había acompañado al anciano asintió con un gesto y masculló, levantándose:

—Desgraciadamente, eso es cierto, señor. Esa secta tiene un enorme poder todavía, sobre todo en los pueblos y ciudades pequeñas. Tengo que marcharme ya, si puedo hacer algo más por usted, míster Chambers...

El viejo sacudió la cabeza de un lado a otro. El capitán nos estrechó las manos y nos dejó solos.

Entonces, el anciano levantó la cabeza coronada por una espesa cabellera blanca como la nieve y me miró recto a los ojos.

—Dígame, Davis —murmuró—. Usted lo planeó todo, ¿no es cierto? Sabía que Carp jamás sería condenado si era juzgado...

—Eso podía saberlo cualquiera, señor.

—Pero usted dispuso las cosas para que sucedieran así. ¿Verdad, Davis?

—Eso no es más que una idea suya, míster Chambers. Es mejor que olvide todo lo sucedido. Ha sido un duro golpe para usted y necesita reponerse ahora que todo ha terminado.

Esbozó una sombra de sonrisa.

—Es usted un condenado zorro, Davis... ¿Es cierto que tenía una cuenta pendiente con Abbazzia?

—¿De dónde diablos ha sacado semejante idea?

—Alguien lo ha mencionado...

—Bueno, nos conocimos hace años. El quería liquidarme y tuve que despabilarme para conservar el pellejo. De todas formas, perdí cincuenta mil dólares.

—¿Cómo?

—No importa.

Se levantó pesadamente.

—Me voy a mi habitación. Estoy rendido, muchacho..., creo que esta noche podré dormir al fin. Nos iremos mañana al mediodía, tenga el equipaje preparado.

Se dirigió a la puerta y le acompañé. Yo también estaba hecho cisco, pero todavía me quedaba algo por haber.

Maybelle.

De pronto, míster Chambers se detuvo y giró llevándose la mano al bolsillo.

—Me olvidaba —gruñó—. Creo que usted dormirá mejor si tiene esto en su poder..., le prometí una recompensa.

Me dio un cheque. Lo leí dos veces para convencerme de que realmente era por cinco mil dólares. Quedé sin habla. El sonrió y abrió la puerta.

Casi tropezó con Maybelle y el abogado negro.

—Ella no ha querido aguardar más, Davis —dijo Drum—. Estaba desesperada creyendo que le habían matado a usted y..., bueno, no he tenido más remedio que traerla.

—Gracias, Drum. Ha sido usted una gran ayuda para mí.

Sonrió de oreja a oreja enseñando toda su deslumbrante dentadura.

—Creo que a partir de ahora las cosas serán distintas aquí..., y eso se lo deberemos a usted. No lo olvidaré jamás.

Estrechó mi mano y se fue. El anciano miró a la muchacha, que permanecía muda en el umbral. Me miró a mí y luego a ella otra vez.

—¿No quieres entrar, Maybelle? —dije con voz ronca.

Eso rompió su inmovilidad. Se lanzó a mis brazos como una niña asustada. Comenzó a llorar. Sólo se me ocurrió besarla largamente para calmarla.

Cuando nos separamos, el viejo seguía en la puerta, mirándonos.

Hizo una mueca y gruñó:

—Sólo tengo reservados dos pasajes, Davis...

—Habrás que encargar otro, ¿no cree?

—Sí, supongo que sí. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Cerró la puerta tan suavemente que no nos enteramos que lo había hecho porque estábamos otra vez abrazados y mis labios se hundían en los suyos como si de aquel beso dependiera nuestra propia vida.

—Jeff —casi gimió al faltarle el aliento.

—¿Querrás venir a Los Angeles, May?

—¿Puedes dudarlo?

—Buena chica...

Su mirada se nubló. Creí que estaba pensando en Chris, pero sólo murmuró:

—¿Estás seguro .de no arrepentirte, Jeff? Tú sabes a qué vine a Pikeburg...

—Olvidalo. Todo el mundo debe tener su oportunidad alguna vez. Esta es la nuestra.

Nos besamos una vez más y después nos separamos. Preparé un par de

tragos para celebrar la paz. El periódico de la noche estaba sobre la mesa. En la primera página campeaba una fotografía de Abbazzia sujeto por las esposas y conducido por el *sheriff* y Bliss. Grandes titulares pregonaban que el *gángster* había sido detenido en el mismo instante que acababa de asesinar a míster Carp, prominente ciudadano local.

Nadie salvaría a Abbazzia esta vez.

—Por nosotros —murmuró Maybelle.

—Por ti.

Bebimos. La cara fofa de Abbazzia parecía mirarnos desde la mesa. Arrojé el periódico a un rincón de un manotazo. Se acabó Abbazzia.

Y empezó Maybelle en mi vida. Era dulce y hermosa. Había tenido su oportunidad y había sabido cogerla al vuelo..., o tal vez la había cogido yo...

Ninguno de los dos pensó en eso aquella noche.

**FIN**



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España • Printed in Spain



**VETERANO**  
tiene  
**ESO...**

un **VETERANO** SABOR!...



**OSBORNE** *Fundada en 1772*